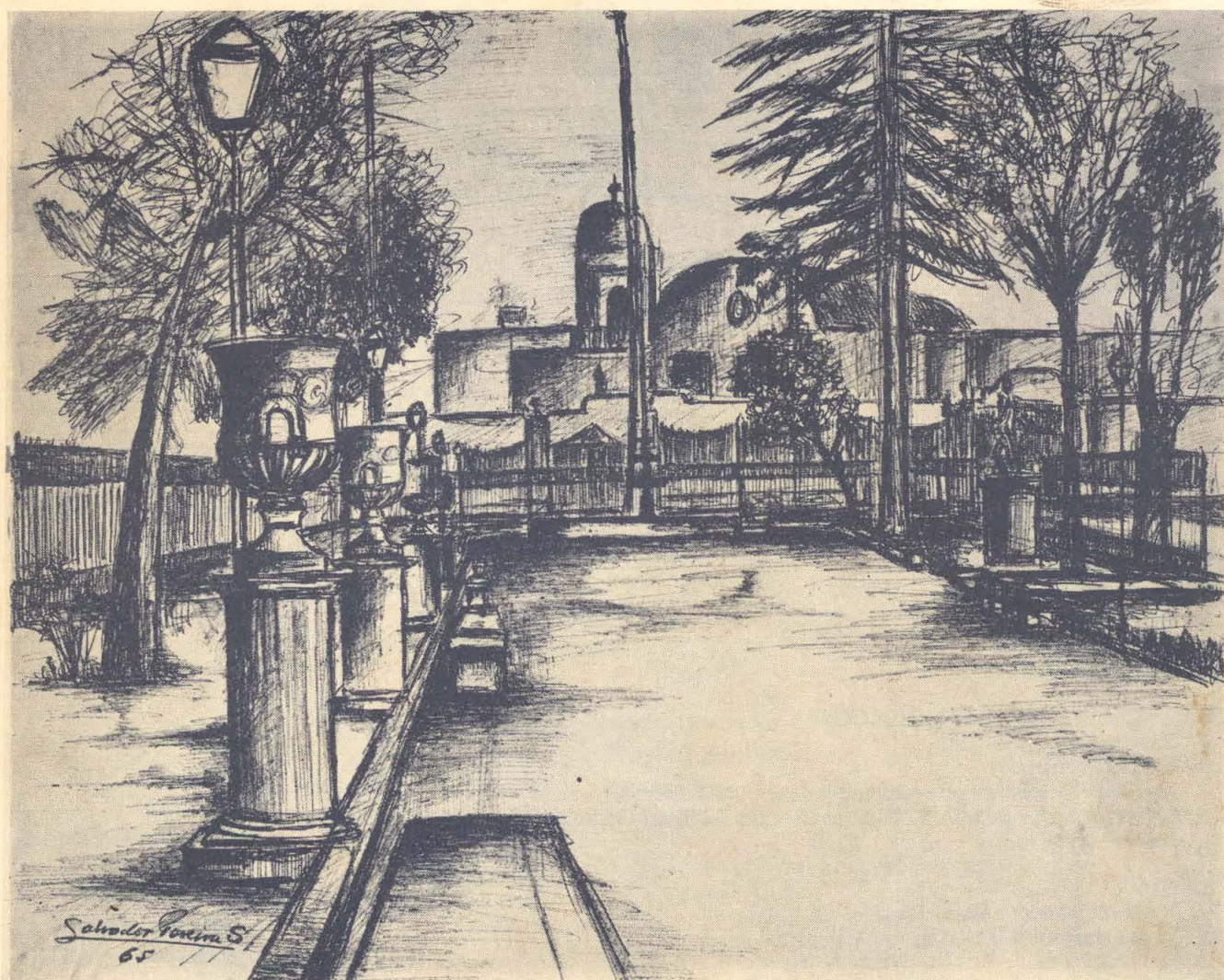


EGURREN

Revista de Literatura y Artes



Textos de : Martín Adán \ Javier Heraud
Abraham Valdelomar \ Luis Valle Goicochea
Edgardo Rivera Martínez \ Armando Rojas

UNMSM-CEDOC



INDICE

POESIA

1. Martín Adán
2. Javier Heraud
4. Carolina Teiller
5. Juan Bullita
6. Giovanna Pollarolo
8. Armando Rojas

HOMENAJE A LUIS VALLE GOICOCHEA

9. Presentación
10. Poemas inéditos
12. *Luis Valle Goicochea y su poesía* por Luis Gonzalo Morante
15. *La poesía jubilar de Luis Valle Goicochea* por Manuel Moreno Jimeno

CUENTO

29. *Mujer invisible* por Mariela Sala
32. *La azucena* por Edgardo Rivera Martínez

ENSAYO

17. *Sobre poesía* por Alberto Benavides
18. *Sobre Verdolaga* por Abraham Valdelomar (Notas al texto por Ricardo Silva Santisteban)
23. *Narciso en la escuela* por Constantino Carvallo
34. *Contra el Eguren que no es* por Jorge Díaz Herrera

RESEÑAS

41. *Ciudad de los Reyes* de Juan Acevedo. *Las Canciones de Rinono y Papagil* de Luis Valle. *Cuentos del camino del bosque* de Alberto Benavides. *Aprender a leer* de Bruno Bettelheim. *Para conocer la Constitución* de Marcial Rubio. Cuento y Poesía en Los Reyes Rijos. *Guía Práctica ilustrada para la vida en el campo* de John Seymour. *Antología general de la poesía peruana infantil* de César Toro Montalvo. *Itaca* de Jorge Eslava. *Historia del Perú, Primero de Secundaria* de Pablo Macera.

Dirección:
Luis La Hoz
Enrique Sánchez Hernani

Comité Consultivo:
Alberto Benavides
Constantino Carvallo
Jorge Eslava
Giovanna Pollarollo
Mariella Sala

Coordinación:
Lolo y Didi Arteta

No. 2
Barranco, diciembre del 83
Cajamarca 210 - Barranco

Carátula:

Dibujo de Salvador Pereira

por amor a mi padre, a sus dardos,
por amor a hermanos y amigos,
por amor a la vida y a la muerte,
por amor a las cosas de los días,
por amor a los días del otoño,
por amor a los fríos del invierno.
No sé qué pasará conmigo y mis
hermanos en la lucha,
pero sé vivir y morir como
hombre digno.

queriendo recordar y saber el que
todo lo es...
POEMA ESPECIAL
El final de la historia lo dirán
mis compañeros.
arribá al día...
y contarán a sus hijos
historias...

No, no nunca fue tan tarde, Tiempo Mío!...
¿Si no me soy a ti, a qué mi dedo
Con el cabello erizo de mi miedo
Con las sofocaciones de mi frío?...

Así es, así es... no es otra losa
Sino el estar entre otra, Alma Mía,
Verás llegar de arribada tu día,
Pero la rosa te será la rosa.

I tú, inconsciente, una y otra cosa,
La echarás, una y otra, el mediodía,
Y habrá un dios que te mire todavía,
Y estará rosa bajo mariposa!...

Y porque entre las flores soy eterno
¡Porque soy el que estoy Mi Arquitectural!
Ese que yo lo hice... mano pura
Con toda la alegría de mi infierno!



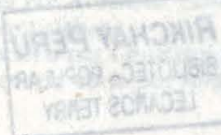
El poema que ofrecemos de Martín Adán es totalmente inédito. Pertenece al ciclo de poemas que el autor está escribiendo sobre la arquitectura. Nos lo fue cedido amablemente por don Juan Mejía Baca, amigo del poeta.

POEMA ESPECIAL

Se trata ahora, de escribir
algo original, nuevo, sorprendente.
Mañana salgo de viaje.
(Iré a México como peruano,
turista que recorre las antiguas ruinas)
y luego Bolivia,
riéndome de perros policías
y canes presurosos.
Entraré junto con 30 compañeros
furtivamente a mi patria.
Armados con palabras y fusiles,
armados con ansias nuevas
de un Perú más joven,
sembraremos en la sierra de los Andes
"semillas subversivas".

I

Pero esto tiene un origen más lejano.
Fue en Abril (cruel y blando abril)
cuando una mañana apareció
el Comandante.
Era el bravo Fidel en carne y hueso
que nos proponía levantarnos en armas
y cambiar de curso la Historia del Perú.
40 aceptamos.
Subimos al Turquino.
220 metros de alto y durante
6 meses aprendimos la guerra de guerrillas.
El final lo conocerán todos.
(Me aburro y no termino este poema).
Pero voy al combate y a la guerra
por amor a mi patria, a mi Perú,
por amor a mi suelo, a mis paisajes,
por amor a los pobres de mi tierra,
por amor a mi madre, a sus cariños,



Comité Editorial:
Luis Valcázar
Eduardo Sánchez Torres
Comité Consultivo:
Alberto Bascuñán
Constantino Córdova
Jorge Edaru
Gervasio Polanco
José María Valcázar
No. 2
Barranco, diciembre del 87
Cajamarcas 210 - Barranco
Carátula:
Diseño de Salvador Perdomo

por amor a mi padre, a sus durezas,
 por amor a hermanos y amigos,
 por amor a la vida y a la muerte,
 por amor a las cosas de los días,
 por amor a los días del otoño,
 por amor a los fríos del invierno.

No sé qué pasará conmigo y mis
 hermanos en la lucha,
 pero supe vivir y morir como
 hombre digno,
 queriendo respetar y salvar al que
 todo lo sufre,
 queriendo abrir nuevos soles salvadores.

“El final de la historia lo dirán
 mis compañeros,
 arriba, abajo, encima de la historia,
 y contarán a mis hijos
 historias verdaderas,
 y para siempre vivirá la esperanza”.

La Habana, Nov. 62

Javier Heraud
 Gustavo Melgar
 Rodrigo Machado



Del presente poema de Javier Heraud se conocía sólo un fragmento, el cual contiene algunas erratas. Publicamos por primera vez la versión completa del mismo, respetando la disposición de los versos y el uso de las mayúsculas, tal y como figura en el original manuscrito. El poeta, para escribir este poema, utilizó tres hojas de papel copia y bolígrafo de tinta azul, escribiendo sólo por un lado en cada hoja. Está fechado y firmado triplemente: por Javier Heraud, Gustavo Melgar y Rodrigo Machado, siendo estos dos últimos los seudónimos que utilizó en la guerrilla. El original nos lo facilitó gentilmente Cecilia Heraud, hermana del poeta.

*Cada noche caen los muertos sobre mí,
justo cuando entiendo la razón del sacrificio,
la necesidad de cada una de sus muertes,
la imposibilidad del cambio sin la guerra.*

*Cada noche, cuando me voy hundiendo
en la nube de algodón
en la tibieza de tu cuerpo
en la paz de tu presencia;
cada noche
hay alguien que se acerca y me pregunta:
¿sabes qué pasa si alguien muere?*



*Te sé preso.
Me lo dijo una nota furtiva que enviaste
y doy vueltas tras mi propia cola
y no decido
si ir a verte, si esconderme, si callarme.
Lo sé:
fuiste mi vino, mi olor de retama, mi buena hierba;
y yo tu carne fresca,
tu aprendiz de animalito.
Fuiste generoso y yo traté de serlo.
Así, nuestro juego fue apacible,
aun a costa de los ojos que cerramos
y a pesar de las puertas que pretendimos clausurar.*

Carolina Teillier (Santiago de Chile, 1957) publica por primera vez. Vino al Perú a los 7 años y se fue quedando de diversas maneras hasta ser casi peruana:

AL SEXO FEMENINO

Nido de palomas
 Fase oculta de la luna
 Cueva de ladrones
 Rendija en piedra
 Fuente de agua turbia
 Red de líquenes y algas
 Hábil trampa para liebres
 Escondida rada
 Ojo de la tormenta
 Isla del tesoro
 Cofre del pirata
 Protegido puerto
 Mar adentro
 Almeja tierna jugosa
 Playa bahía
 Labio espumoso de ola
 Pecera laguna
 Pozo oasis espejismo
 Remolino cauce
 Bosque sendero trocha camino
 Duna pajonal posada
 Hondonada estrecha
 Salobre tierra movediza
 Campo de ceniza
 Boca de mina
 Volcán adormecido
 Cárcel de amor
 Cálida quebrada
 Huerto a cultivar
 Curso de huaico o lava
 Rosa oculta
 Panal de rica miel
 Honda cicatriz de árbol
 Suave pelusa de durazno

Uva en dos partida
 Pastel de milhojas
 Labios cual humedecidas pancas
 Higo abierto maduro
 Granada reventando
 Caracola concha marina
 Tupida madeja de yuyos
 Presa de la más antigua caza
 Agüita mansa o brava
 Ojo de aguja
 Agujero negro
 Molino del placer
 Abrigado y tibio refugio
 Acogedor lecho de plumas
 Imán irresistible
 Esponja sudorosa y afiebrada
 Sumidero de sueños
 Tobogán de añoranzas
 Bajorelieve vertiente hendidura
 Surco dispuesto a siembra
 Sombra de guarango
 Algodón arcoiris
 Templo casa covacha
 Cántaro botija cuenco
 Horno donde las ganas husmean
 Y la mano busca complace reposa
 Tibio declive donde resbalan labios caricias noche
 Cicatriz señal tatuaje
 Oscura desembocadura a la vida
 Donde nuestro ciego deseo retorna
 Manso tierno feroz hurgando
 Buscando insaciable su origen
 Gozo reposo éxtasis llanto.

Juan Bullita es un destacado crítico de cine y poeta. Tiene un libro publicado: "Sitio" y es colaborador de diversas revistas. Conduce el Cine-Club de "Los Reyes Rojos".

POEMAS

María ha escogido la mejor parte
que no le será arrebatada.
San Lucas 10,42

¿Cómo hiciste María para escoger, siendo mujer?
alguna luz te alumbró
alguien te señaló el camino
nadie escogió por ti, nadie te mandó preparar la
cena

ni debiste atender
a la inmensa turba de desvalidos
Escogiste el perfume, el silencio
el largo vuelo ajeno a lo lejano
Tuviste una Martha
no conocía el vino ni el olor del perfume
tampoco el gusto de las palabras
y Martha no entendía, su corazón era de agua
de doméstica, contaba los panes
servía el vino, sumaba el gasto
mientras te veía Magdalena a los pies del Señor
sin saber ella, sin saber cómo se hacía
cómo hiciste para escoger la mejor parte
no supo nunca Martha que por ella
mientras el corazón se le adelgazaba de envidia
tú, Magdalena enamorada ocupaste el lugar
privilegiado.



Todas se llaman María
y es inútil distinguirlas
buscar para cada una el rostro diferente
saber, cuál de ellas
era la enamorada, la que supo
cómo romper el frasco de perfume
secar con sus cabellos los pies recién lavados
si ella es la misma
que lloró cuando él fue muerto
o fue otra la María
que corrió silenciosa
oculta
detrás de los sepultureros.



Sin publicar libro aún, Giovanna Pollarollo tiene un sitio en la poesía joven que se viene escribiendo en el Perú luego de los años 70. Ha publicado en revistas especializadas.

NARRACION

*Sin ser otro se sintió reír
Me estoy volviendo viejo pensó
apoyado aún entre los sueños que como un dios
lo habitaban a esa hora nula
Me estoy volviendo viejo y sordo gritó
armado en los rumores cada vez más intensos
más perfectos de la carne plateada
Tapó como pudo su vergüenza con las primeras hojas
con los guijarros fieles a sus labios
La frente estalló contra el aire sólido
Había muerto el zancudo en su mano
El planeta invisible aún brillaba
Ama tus muertos dijo y besó las vidas deshechas
el torbellino entonces pálido
El alma de la allucema permanecía quieta
Como el vientre de Nazca sonó o pensó
Daba lo mismo al centro de la cabeza verde
Ah ah borrón del cuerpo en el verano sigiloso
que un simple aleteo transporta en el agua
Los círculos cedieron bajo el peso
la hoja de azafrán se ocultó en el cántaro
En Nazca volaría la mariposa del tiempo irreal
Una tres veces se oyó el escándalo de pétalos
El quién vive del espíritu sobresaltándose
Las aves de la piel unieron los infiernos con el cielo
Ah fluyente ah flotador ah flavo
La estrella de los pies en los ojos humanos
Cuernos tambores balbuceos
Resplandecía en la aladernia
Con estrépito los pétalos cayeron
El ojo palpitó detrás de su penumbra
Ah últimos centelleos anclando en el vacío
Muslos por debajo de la quietud sin límites
Amanecía en las aves guturales
Nazca dijo recordándose
¡Quién podía desligar los soles de su cabeza muerta!*

Armando Rojas (Piura, 1945) publicó un libro de poemas en el Perú bajo el nombre de *Bosques*. Actualmente reside en Europa, donde tiene una activa vida literaria. Co-dirigió con R. Silva-Santisteban la revista *Creación & Crítica*.

Homenaje a Luis Valle Goicochea

(1953 - 1983)



“Poco a poco me voy hundiendo en un mundo inefable de recuerdos. Mi niñez clara allá en el pueblo nativo. La Soledad, confiada de caserío, sus árboles, sus pájaros, su chorro cantarino y, sobre todo, una dulzura inmensa y solitaria en la que a ratos me siento perecer...”

Son líneas que leemos en *La Sandalia*, novela inédita escrita por Luis Valle Goicochea durante su permanencia en el Convento Franciscano, y que refleja con fidelidad el candor y la ternura en la palabra y el arte de evocar, que fue signo en la vida del poeta.

La madrugada del 13 de agosto de 1953 muere, en circunstancias dolorosas, el autor de *Las canciones de Rinono* y *Papagil*. Han transcurrido treinta años y, paralelo a un tiempo que enardece silenciosamente su obra, un extraño empeño por olvidar su nombre se apodera de la memoria de este país. EGUREN, conmemorando los treinta años de la muerte de Luis Valle Goicochea, rinde un breve homenaje dedicándole estas páginas (J.E.)



*Trino de coral y nácar
me has de dar tú, viejo mar,
para alegrar esta niña,
cuando quisiera llorar*

*Y una estrella, la más linda,
me has de dar para adornar,
la luz de sus ojos tristes
cuando se ponga a soñar*

*¿El ritmo de sol y luna
que llevas en tu vagar:
canción de fósforo, espuma
y el iris me quieres dar,*

*Para esta niña sencilla,
que del mundo va a contar
las estrellas que en el agua
en perlas las torna el mar?*

*Yo por mi parte, de niebla
un halo te he de otorgar,
y un caracol corruscante
donde escuches siempre el mar.*

FLORES DE LA INFANCIA

*Hermosas flores que fueron
de mi jardín rico adorno,
y qué mustias y marchitas,
expiraron bajo el oro
de una tarde soñolienta...;
mustios cálices, que en rojos
matices de un sol muriente
bañados, al fin soplo
del huracán, vi caer,
como caen en otoño
las hojas amarillentas
de los árboles umbrosos
en la selva gemebunda...;
blancas flores, que tan sólo
en mi vergel han dejado
rotos cálices y abrojos...;
bellas flores de la infancia,
¡pasaron cual leve soplo!*

A CLARITA

Así no lo quiera el viento,
esta niña va conmigo;
que para llevarla tengo
las alas de mi cariño.
Es inútil si suplicas,
igual si te enojas río:
sobre tus aguas bravías
ya tengo un puente tendido.
Ni amenazas ni lamentos
han de quitarme la prenda
en que cifro mi cantento
y mi ilusión verdadera.
Aceché día tras día,
desvelado, en presencia,
y al cabo de cien viglias
la guió Dios a mi puerta,
y así vivo tesonero
defendiéndola del aire,
de los ojos forasteros
y de todos y de nadie.
Que no la miren siquiera,
que respeten mi tesoro
y que me dejen con ella
para siempre solo, solo.
Que no me pregunten nada
de su amor y mi destino,
que recojan mis palabras:
"esta niña va conmigo".
Que en mi dicha no reparen,
que atiendan a mi estribillo,
solamente. Ya lo saben.
"Esta niña va conmigo".

abril 14/1950



Luis Valle Goicochea (La Libertad, 1911 - Lima, 1953), poeta injustamente olvidado, ha sabido conservar un raro candor infantil en su poesía. Los presentes poemas, totalmente inéditos, nos fueron entregados por Luis Valle, homónimo y sobrino directo del poeta.

Por José Gonzalo Morante.

Luis Valle Goicochea, el autor de *Las canciones de Rinono y Papagil*, *El sábado y la casa*, *Marianita Coronel* y otras obras, había nacido en La Soledad, provincia de Pataz, departamento de La Libertad, el 2 de noviembre de 1910. Sus padres fueron Francisco Valle Castillo y Jovita Goicochea Salvatierra.

Tracemos, sumariamente, su itinerario vital.

Después de aprender las primeras letras pasó a Trujillo, donde ingresa al Colegio Seminario. En 1927 inicia sus estudios sacerdotales que abandonará 2 años después. Se dedica entonces al periodismo en la misma ciudad. Pasa a Lima en 1930, donde trabajará y publicará la mayoría de sus libros. *Las canciones de Rinono y Papagil* —su primer libro— aparecerá en 1932. *El sábado y la casa* en 1934. *La elegía tremenda y otros poemas* en 1936. *Paz en la tierra*, 1939. *Miss Lucy King y su poema*, 1940. En Trujillo había publicado *Parva*, 1938 y la primera parte de su novela *Los zapatos de cordobán* el mismo año. En 1943 toma los hábitos franciscanos y viaja al Cusco. Abandona el convento en 1945 y se dedica al periodismo en la ciudad de Arequipa. Publica su *Jacobina Sietesolios* (escena teatral en verso) en la misma ciudad (1946). Da a conocer en el diario *El Deber* (Arequipa) 12 poemas de su libro *Marianita Coronel* que sólo se publicará íntegro póstumamente. En 1948 regresa a Lima y publica, en la 2da. edición del diario *El Comercio*, su obra *El árbol que no retoña*, que consideramos libro de memorias, en 36 entregas del 14 de abril al 27 de mayo de 1952. (Es éste un libro clave para entender su obra y sustento de este artículo cuando no se indica lo contrario). El poeta muere en Lima el 13 de agosto de 1953. Muere en soledad.

El Instituto Nacional de Cultura edita en 1974 su *Obra poética*, que incluye 3 libros póstumos. Edición debida al celo de Francisco Izquierdo Ríos. Han quedado inéditos *La sandalia* (inconclusa) y la segunda parte de *Los zapatos de cordobán*.

La Soledad, la patria chica de Luis Valle Goicochea, era una aldea. Según el censo de 1940 (el más cercano al nacimiento del poeta) tenía 54 familias y en total 385 habitantes. Pueblo chico, en que todos se conocían, dejó una honda huella en

su vida y en su obra. Gracias a *El árbol que no retoña* podemos probar que su autor, en especial en *Las canciones de Rinono y Papagil*, *El sábado y la casa*, *Marianita Coronel* y *Los zapatos de cordobán* no hizo otra cosa que poetizar sus recuerdos. Es, pues, un escritor eminentemente autobiográfico y aun en sus trabajos periodísticos habla de su tierra y su pasado.

Valle Goicochea ha sido visto como poeta para niños, aunque creemos que es algo más que eso. No cabe duda que ni aun Eguren puede despertar tanto entusiasmo entre los pequeños lectores. La razón está en que —al decir de Luis Monguió— Eguren nos entrega una poesía que bajo su apariencia infantil esconde “una adulta y dramática experiencia”; en cambio, Valle nos entrega una infantilidad real, ya que es “un revivir poético de la infancia”.

Su obra es, pues, una magnífica puerta por la cual pueden entrar (1) los niños peruanos al mundo mágico de la poesía sin abandonar la maravilla de su propia infancia. *Las canciones de Rinono y Papagil*, *El sábado y la casa* y *los zapatos de cordobán* no deberían faltar en ninguna escuela del Perú. Y los niños deberían leerlos y releerlos y familiarizarse con sus personajes y con sus vivencias que, en gran medida, son también las suyas. No deberían quedar las cosas ahí, sino que luego nuestros niños deberían ser incitados amorosamente —a imitación del poeta— a registrar sus vivencias y sus observaciones, lo que sería una manera excelente de cultivar su sensibilidad. Trabajo que ya se lleva a cabo en el colegio *Los Reyes Rojos*.

Colaborando con ese propósito y contribuyendo a la mejor comprensión de su poesía, quiero ampliar la información acerca de algunos de sus temas; así padres y maestros tendrán mayor conocimiento para guiarlos en la lectura de sus versos.

Veamos en *Las canciones de Rinono y Papagil*: Este pueblo, muy religioso, se dirigía a la divinidad pidiendo ayuda:

*La procesión ha recorrido el pueblo,
pidiendo a Dios agua
para los sembríos que se quemán.
Y esta tarde ha caído la primera lluvia.*
(Poema 4)

Sabemos que, en efecto, esta sequía se produjo

y toda la gente de La Soledad la tomaba como castigo de Dios por el robo de la Custodia del templo. Dos días después de realizada la misma, llovió torrencialmente. Fue tan inesperada la lluvia, que mojó el dosel usado en la procesión.

En el poema 16, leemos:

*Tú eres mi hermana porque escribiste
conmigo, a escondidas,
el apodo de don Benjamín en la puerta de la casa.*

Don Bejamín, el zapatero del pueblo, era aficionado a la caza, y de ahí le vino el apodo. En el almanaque *Bristol*, un cazador se encuentra frente a un oso y dice: ¡aquí te quiero ver escopeta! El tiro le sale por la culata. “Don Benjamín ya no era don Benjamín, era ‘aquí te quiero ver escopeta’ ” (2).



En el poema 5 y en muchos otros se refiere a la Rarra:

*Si esta Rarra, quién creyera,
es tan buena cocinera como médica!*

La Rarra era el aya del poeta. “Rarra, aya buena, compañera de mi niñez, que me arrullaste en esos días azules idos para siempre” (3).

Merceditas Rabelo era su compañera de clase; la describe alta, delgada bonita. Tenía los ojos tristes y el pelo rubio. Vivía con su mamá, doña Juana Lara ... (4).

Y en el poema 3:

*Ella era colorada y linda. Una mañana
le pregunté si podíamos querernos;
se asustó la pobre, enrojació hasta las orejas,
despacito me dijo:*

*—No. ¡Si lo sabe mi papá me pega!
y escapó a su casa.*

En el poema 13:

*Niñito Jesús
te doy un aviso
y sea en secreto
y muy despacito.*

*Yo ¿qué te regalo?
¿quieres un pollito?*

Podemos afirmar que en la casa del poeta tenían un niño Jesús y el pollito también existió o, mejor dicho, una pollita. Pollita que estando empachada él quiso curar con unas gotas de aceite y murió por asfixia. La pollita se la regaló su tía Iludía.

Y existió la gatita que era de su hermana Clarita:

—Niñitos, váyanse a dormir.

La gata ha amanecido con gatitos.

(Poema 6)

Pues bien, uno de los gatitos recibió el nombre de Mascarón y fue obsequiado a don Matías, vecino de Parcoy. Luego de algunos meses, regresa Mascarón a la casa muy flaco y desgarrado por las zarzas del camino. Luis Valle dice: “Yo seré como Mascarón, me iré a Trujillo pero volveré”.

Veamos ahora en *El sábado y la casa*:

La fiesta titular del pueblo es la fiesta de la Patrona, Nuestra Señora de la Soledad, y se celebra el tercer domingo de setiembre. En las buenas épocas había fiesta grande, se contrataba músicos de fuera, y venían peregrinos de alejadas tierras. En cambio, en las malas: “El cura ausente no hubo fiesta, se exhibió el trono de la Virgen, las campanas repicaron, eso fue todo”.

Y en sus versos:

*... La fiesta titular de este año
será, como en los últimos,
un acontecimiento triste, un loco afán
de amargarse en recordar
el acabado esplendor de antiguos días...*

(Poema 4)

En su casa tenían el mismo cuadro de San Antonio que había en la escuela; pero el de la escuela le parecía mejor. “Cuando se lo dije a mi madre, ella me explicó que era lo mismo sino que nuestra estampa descoloría con los años”.

Y en el poema 23:

*Y se adora a Dios en no sé que estampas
olvidadas de fondo remotísimo...*

En el poema 7:
*Bajo este sol de modorra los chicuelos
no se proponen
ir a robar púrpuros a la huerta
de la tía Antuquita.*

En sus memorias describe, con alguna minuciosidad, la huerta de dicha tía; esposo de la cual era el tío Daniel.

En el poema 22 leemos:
*En que se aguarda, con el corazón en la boca,
a la que ha ido
a la fuente y se respira al fin,
cuando se la ve volver ilesa...*

Y en *El árbol que no retoña* se explica:

“Siempre que uno de los nuestros se alejaba, había una desazón en todos los pechos. Aunque sabíamos que pronto iba a volver, no podíamos contener los lágrimas y serenarnos: una agitación temerosa nos robaba la paz”.

Pasemos al libro *Marianita Coronel*:

El poema 10 empieza: Eran trece los chicuelos... y al terminar: son doce ahora los niños... Sabemos que, en efecto, ellos eran trece en su grado y que Antonio Cerna, compañero de clase, murió con fie-

bres y los niños dejaban vacío su sitio.

En el poema 29 dice:
*Don José Adrianzén el gago
mueve a los chicos a risa.*

Sabemos que don José Adrianzén, otro vecino, era el mejor albañil de la provincia. Montaba un caballo viejo y flaco e iba cumpliendo compromisos de pueblo en pueblo. El escritor lo recuerda “con la voz que hacía cavernosa un defecto nasal”.

De *Marianita Coronel*, cuyo nombre da título al libro, sabemos que era costurera; pero ella se consideraba modista (!). Cuenta algo gracioso: vivía en Parcoy un coronel retirado; y ella decía: él coronel, yo coronel, entonces es mi tío.

En el poema 5 habla de un monito:

*El monito era bonito
pero cantar no sabía...*

Este monito “a veces se ponía triste” y los niños sospechando alguna afección orgánica le daban infusiones de arrayán y toronjil. Era de propiedad de María Ulloa.

En el poema 30: Pronto tendré mi ponchito...

Este ponchito, que le sirvió para su viaje a Trujillo, fue tejido por su tía Iludía con lana escogida por su madre y teñida por su madrina Marianita (que no era Marianita Coronel) (5).

Notas:

- (1) Monguió, Luis *La poesía postmodernista peruana*, p. 174 México F.C.E. 1954.
- (2) Valle Goicochea, Luis *Los zapatos de cordobán*, p. 12 Trujillo, Imp. Blondet, 1938
- (3) ---- “Tradición sobre el origen de mi aldea”. En: *Variaciones*, Lima, 21-VIII-1929.
- (4) ---- *Los zapatos de cordobán*, p. 16
- (5) Para aligerar la lectura hemos prescindido de mayores referencias bibliográficas. Quien las necesite puede consultar mi artículo La Soledad de L.V.G. en la revista *San Marcos* No. 18, Lima, U.N.M.S.M., Enero-junio 1977, págs. 165-198.



LA POESIA JUBILAR
DE LUIS VALLE GOICOITIA.
(Ecolio a su primer libro)

Manuel Moreno Jimeno



El tiempo no borra nunca lo que encanta la voz del poeta, lo que surte de su igniscente corazón. En él no se detiene el tiempo; se ahonda. Y en su irradiación a los demás, los revela, iluminándolos, fertilizándolos. El ensueño de no caer, de no ser borrado por el tiempo está en oír lo que desde su más profundo centro el poeta dice y lo que le oímos decir, lo que nos llega por su alto poder destellante, crea en nosotros una suerte de perduración, de incommensurabilidad, de encantamiento.

He aquí que ahora conjura, grávida de encendimiento, la voz de Luis Valle Goicoitía. Y su voz me viene con su comparecencia, inseparables para quien las siente tan caras al corazón, de pulsación entrañable. Son los años germinales de despertar a las luces primeras, las que emergen del centro a las cosas abiertas por la exhalación enardecida. Una primera intercomunicación se abre, una traslúcida correspondencia entre la descubierta belleza del mundo y la estremecedora hermosura interior. No obstante ser naciente, irisa lo que son y serán siempre próceras esencias del poeta: la delicadeza, la ternura, la esplendorosa sencillez, en la que todo se da a flor con su pureza de llama. Y su temblor dolido que indicia sus recónditos orígenes, su lealtad a la substancia profunda del hombre.

Con la palabra cotidiana como aparece con naturalidad suma en los labios de la gente aldeanega pero con la plena luz del corazón, temblorosa, insistente, va revelando las significaciones que a la vida más simple otorga la obradora brasa del creador. Todo se enciende con la lumbre original, interior. Y así discurren los simples hechos y las meras cosas tocados por las centellas de una poesía que brota desde las carnalidades de su alma.

"Las canciones de Rinono y Papagil", primer libro, el canto jubilar de Luis Valle Goicoitía, establece la vida luz de su lirismo, el delicado fulgor de sus confidencias en la visión sorprendida del que se abre a las primordiales experiencias, en la confiada y pura desnudez del alma infantil. Rinono, Papagil, La Rarra, tía Iludía, personajes presentes en su diaria comunión se transfiguran con el alborozo de las palabras trépidas del poeta; son imágenes luccientes que relampaguean con su musicalidad verbal como recreadas, embebidas de riqueza emotiva. Y una compenetración felicísima con el mundo arrobado de la niñez del poeta la va a dar otro creador exaltando la radiante gloria de la verdad de la poesía. La relación es con Enrique Peña, quien une sus clamores deslumbrados de prodigioso vate a la voz de Valle Goicoitía. Una plenitud de comunión

resplandece en las voces conjugadas; los entrelaza la misma jubilosa exaltación. Por eso, con la potestad de su visión y los pálpitos estremecidos puede hacernos vivir las mismas criaturas conjuradas: Papagil, La Rarra, Rinono... "Rinono canta de nuevo/ para que te oiga la Rarra,/ vuelan flores y gallitos/ de papel por la mañana./ Papagil está esperando/ en la puerta de la casa/ y en la espera se le vuelve/ flor, espuma, nube, el alma.../!"

La presencia de "Las Canciones de Rinono y Papagil" coincide con el principio de nuestro trato. La frecuentación de entrambos estará cada vez más atravesada por el inmarcesible y perpetuo resplandor de nuestra fe de verdad y de belleza. Hago memoria transparente de su sobrehaz cenecño, su rostro triste de claro mirar detenido, de su enigmático mohín definido a veces en el desdén o la náusea por la vileza y la falsedad. El acento de su palabra afabilísima revelando en la intimidad comunicativa, las contiendas de su espíritu, sus instantáneas y jubilosas auras o su ardor pesaroso, desolado, dolido: Acuden también sus silencios, agitadores de las aguas profundas; silencios que se interceptaban con una palabra perdida o por el fulgor de una lágrima. Porque vivía siempre la quemadura ardiente de la lejanía y de la ausencia, en el deslumbramiento de ese ilimitado vacío, en la tierra de sus seres queridos en una ilusión deleitable. Me hacía partícipe de su mundo máspreciado; me acercaba al hogar de sus relámpagos.

No cesa jamás la acción creadora de su fuego prodigioso, de continuas levantadas llamas. Su materia está pronta, caudalosa y él, trabajador clarividente, sabiamente la grana, la dispone, la transfigura. Todo es esencialidad en su canto, albas gracias visibles. Su palabra traslúcida y precisa, de alta perfección, de garbo connatural exhibe la nuda entraña de su poesía. Porque lleva siempre a la palabra ese austero signo de dignidad humana, a su esencialidad. Luis Valle Goicochea lograba así, como lo aclamaba Ungaretti, la extrema aspiración de la poesía: la de cumplir el milagro, en palabras, de un mundo resucitado en su pureza originaria y esplendoroso de felicidad.

En esta incesante brega en la zona luminosa crea todos sus restantes cantos que reúne en sus obras sucesivas, éditas e inéditas. Un temblor de secreta poesía trasparece también en la cautivadora prosa de sus relatos y novelas, casi todos inéditos, como "Los Zapatos de Cordován", "El árbol que no retoña", "La Sandalia" y el último "Los sueños de un Poeta" testimonio aún no suficientemente conocido de su claro e ingente fontanar poético.



Manuel Moreno Jimeno (Lima, 1913). Poeta, traductor de poesía y maestro universitario. Durante más de veinte años amigo personal de Luis Valle. En 1981 publicó en España su libro *Centellas de la luz*, obra que reúne sus siete libros anteriores.

Sobre Poesía

Para Giovanna Pollarolo

Un poema relata una experiencia. Como lo que relata es indecible, intimísimo...— es de donde salen todos los cuentos que relatar se pueda—, no le cabe sino, por añadidura, ser bello. Las palabras, aligeradas de su carga cotidiana, recobran la transparencia que les permite indicar, y la docilidad a su objeto es entonces comparable a la túnica de una Afrodita que deja adivinar la forma en que hermosamente se inicia un movimiento. Ellas, las palabras del poema, despiertan en el que es capaz de escuchar todo el entusiasmo de un niño que acaba de acertar una adivinanza. Un poema es una adivinanza, y debe ser leído como tal: una adivinanza de lo más íntimo, un descubrimiento del alma desmascarada.

Pero el poema no cambia nada, como la adivinanza.

*Poesía no dice nada
Poesía se está callada
Escuchando su propia voz*

Los poetas son tan inútiles como la poesía, o como la religión, o como el amor. Y los poetas son tan innecesarios como el hombre sobre la tierra.



Quien descifra un poema sabe con ello sólo de su comunidad, siquiera momentánea, con la tribu de los poetas; al descifrar el poema él sabe que podría escribir otro, cambiar las metáforas, traducir. SOLO LOS POETAS IGNORAN DEL MODO ADECUADO AQUELLA NADA DE LA QUE HABLA LA POESIA. TODA POESIA ES MISTICA. (Wittgenstein sin duda lo sabía; que los filósofos analíticos lo sepan sería, quizás, demasiado pedir). Y la poesía, como la mística, no cambia nada.

Sólo cabe recordar que todo lo que determina nuestra rápida utilidad del presente es un poema infinitamente feo por el que ganamos el mundo pagando por él el precio del alma. Hoy lo único verdaderamente revolucionario sería ser humano, en todos los sentidos de la palabra. Pero eso no es ya posible: sólo nos queda mostrar un rostro HUMANO, desesperado, desgarrado, en estado de grito, para que no sea visto en un mundo objetivo que ya marcha sin nosotros.

¿Sólo cabe, prudentes como serpientes, postergar mientras quede alguna razón para ello, el acto salvaje por el que seremos asesinados, mansos como palomas, por los constructores del infierno?

*Un rostro que esculpiera sus rasgos imprecisos
jadeando detrás de una tela
blanca como una mortaja...*

*Un grito se deja oír detrás de cada máscara
desdibujada.*

¿Una máscara sonriente decidirá por turnos que es bueno que uno sea sacrificado por todo el pueblo? La antigua imagen, me parece, mantiene toda su vigencia.

Así, la poesía, agotada ya, podrá ser, ya sin mística alguna, la eficaz decoradora del infierno.

Alberto Benavides Ganoza acaba de publicar "Cuentos del camino del bosque". Anteriormente publicó unos ensayos de filosofía: "El ave huida". Es promotor y profesor del colegio "Los Reyes Rojos".

Abraham Valdelomar: Sobre "Verdolaga"

31 Declarando que lo hago de mala guisa, no "por no quedar mal", no por que la obra sea indigna de comentarios, sino porque mi alma no está, en estos días, en su "momento musical". Desde que concluí de escribir "Verdolaga", una tragedia pastoril que ha llenado mi corazón de complacencia, he quedado en una laxitud muy justificada. "Verdolaga", mi última obra, es también, mi única obra. Creo haber puesto en ella todo mi espíritu, toda mi pasión, todo mi arte. Creo haber concretado en esta obra armoniosa, toda la intensidad profunda de la naturaleza; el alma del campo, el "abstractum" del tiempo. "Verdolaga" es, como un comprimido de Ideas Fundamentales; es, con respecto a la vida, lo que el éter con ros alcohol con respecto a las viñas; ó lo que el suspiro, con

declarando que lo hago de mala guisa, no "por no quedar mal", no por que la obra sea indigna de comentarios, sino porque mi alma no está, en estos días, en su "momento musical". Desde que concluí de escribir "Verdolaga", una tragedia pastoril que ha llenado mi corazón de complacencia, he quedado en una laxitud muy justificada.

"Verdolaga", mi última obra, es también, mi única obra. Creo haber puesto en ella todo

mi espíritu, toda mi pasión, todo mi arte. Creo haber concretado en esta obra armoniosa, toda la intensidad profunda de la naturaleza; el alma del campo, el "abstractum" del tiempo. "Verdolaga" es, como un comprimido de Ideas Fundamentales; es, con respecto a la vida, lo que el éter con ros alcohol con respecto a las viñas; ó lo que el suspiro, con

4/ respecto al dolor; lo que el punto con respecto á la Geometría: hay, en ella, "un instante de infinito."

Porque yo he escrito "Verdolaga", puedo hablar de "La rueda invisible". "La rueda invisible" ¿es el destino en la obra gongorina? No, porque las víctimas del destino, en la tragedia, son, siempre, inocentes ó irresponsables. El Destino en la tragedia es un valor fatal extraño á la vida de los hombres, y en la obra que comento, parece, aunque no está muy claro, que el carácter de los hermanos protagonistas es heredado de su padre, y la Magdalena, la solicitada, es hija de un borrachón de caserío, especie de Sileno con levita que mancha la limpidez de la obra con sus impertinencias y bellaqueñas.

respecto al dolor; lo que el punto con respecto á la Geometría: hay, en ella, "un instante de infinito".

Porque yo he escrito "Verdolaga", puedo hablar de "La rueda invisible". "La rueda invisible" ¿es el destino en la obra gongorina? No, porque las víctimas del destino, en la tragedia, son, siempre, inocentes ó irresponsables. El Destino en la Tragedia es un valor fatal extraño á la

vida de los hombres, y en la obra que comento, parece, aunque no está muy claro, que el carácter de los hermanos protagonistas es heredado de su padre, y la Magdalena, la solicitada, es hija de un borrachón de caserío, especie de Sileno con levita que mancha la limpidez de la obra con sus impertinencias y bellaqueñas.

Quiero decir con esto que el autor no ha querido elevarse, ó al menos no lo ha conseguido, hasta el punto de poner en juego valores sustanciales que son, indiscutiblemente, los que reglan el dolor, el drama, la sangre. Queda entonces un sencillo drama ~~ordenado~~ corriente que el autor ha visto con los mismos ojos que pudo verlo el público: un drama real sin conclusiones de ningún género. El drama exige hoy, no digo ya la profundísima, sutilísima y pavorosa filosofía de Maeterlinck, sino que no a todos alcanza, sino, por lo menos, una opinión concreta de la vida. Ya el drama no es una simple cuestión objetiva sino un conjunto de valores sugerentes que deben

Quiero decir con esto que el autor no ha querido elevarse, ó al menos no lo ha conseguido, hasta el punto de poner en juego valores sustanciales que son, indiscutiblemente, los que reglan el dolor, el drama y la sangre. Queda entonces un sencillo drama ordenado corriente que el autor ha visto con los mismos ojos que pudo verlo el

público: un drama real sin conclusiones de ningún género. El drama exige hoy, no digo ya la profundísima, sutilísima y pavorosa filosofía de Maeterlinck, sino que no a todos alcanza, sino, por lo menos, una opinión concreta de la vida. Ya el drama no es una simple cuestión objetiva sino un conjunto de valores sugerentes que deben

6/ hacer pensar en los altos problemas in-
sacibles. Nada de esto hay en "La rueda in-
visible" apesar de que el título era una
promesa.

No es labor de gentes ocupadas, dedi-
carse a analizar en detalle todo y
cada uno de los vericuetos de una obra
que carece de las condiciones apuntadas,
pero sí puede, a grandes trazos, juzgar-
se del mérito que pueda tener.

hacer pensar en los altos problemas in-
sacibles. Nada de esto hay en "La rueda in-
visible" a pesar de que el título era una
promesa.
No es labor de gentes ocupadas, dedi-

carse á analizar en detalle todos y
cada uno de los vericuetos de una obra
que carece de las condiciones apuntadas,
pero sí puede, a grandes trazos, juzgar-
se del mérito que pueda tener.

Abraham Valdelomar

[Al margen de *Verdolaga*]

El destino ha querido que todas las obras dramáticas escritas por Abraham Valdelomar se hayan conservado incompletas. Ha habido mala suerte aun para *El vuelo*, su primer ensayo dramático, que se publicó completo en forma de folletín en el periódico *El Puerto*, pues sólo se ha encontrado un número de aquellos en que apareció (1). Si exceptuamos *La Mariscala* (2), una pieza de circunstancias escrita en colaboración con José Carlos Mariátegui, en los fragmentos restantes de *El vuelo* y *Verdolaga* encontramos una configuración simbólica de la acción que emparenta el intento de Valdelomar al de Maurice Maeterlinck, escritor al que no regateaba su admiración. *Verdolaga*, según se desprende de las declaraciones de autor, que en estas cosas era muy serio, fue concluida y, en un periódico de la época, apareció la información de la entrega de la obra, una tragedia rural en tres actos, a la compañía del Teatro Colón (3). Los fragmentos conservados de *Verdolaga* (4) hacen lamentar la pérdida del resto de la tragedia pues, aunque tienen una fuerte influencia de la época (creo que la lección de teatro de Gabrielle D'Annunzio es la más notoria), en ella hubiéramos tenido no sólo una obra maestra de nuestro teatro sino también una de las más destacadas de Valdelomar. En *Verdolaga*, Valdelomar acusa una tendencia a la simbolización al personalizar abstracciones desde su presentación en el fragmento del prólogo que se ha conservado:

... pos; la armonía en sus tres
facetas; lo tangible en sus

tres dimensiones; he aquí ¡oh ciegos! la obra una y trina en la cual se funden el Dolor esquivo y latente, el misterio contumaz y vago, y la Muerte errabunda de las campiñas de Ica, donde la Naturaleza me hizo nacer para que fuera su intérprete. Laus Ars. (5).

O la indicación que sirve de hermoso epígrafe a la tragedia:

Acaece la Obra en un punto del Espacio en el cual el Destino engendró en el Tiempo a la Muerte.

Ignoramos para qué ocasión se escribieron las páginas transcritas a continuación (6), compuestas a propósito de *Verdolaga*, cuyas dos primeras cuartillas se han perdido, de las que sólo se conocía un fragmento citado por Luis Fabio Xammar en *Valdelomar: signo*, libro auroral que continúa siendo no sólo el mejor estudio en conjunto sobre el escritor iqueño, sino también uno de los más finos y penetrantes. En las breves cuartillas de Valdelomar podrá observarse una prosa impresionista insuflada por un esteticismo proclive a las esencias y con tendencia a resolver en el misterio y la abstracción los grandes problemas del hombre.

No podemos dejar de agradecer la cortesía y confianza de María del Carmen Xammar por haber puesto a nuestra disposición este manuscrito inédito de Valdelomar cuidadosamente conservado entre los papeles de su hermano, Ricardo Silva-Santisteban.

Notas:

- (1) Los fragmentos de *El vuelo* que se han conservado son los siguientes: *Acto I*, fragmento, *Balnearios* No. 61, 10 de diciembre de 1911, p. 2. *Acto II*, fragmento, *El Puerto* No. 7, 3 de mayo de 1912. En este diario se publicó en forma de folletín. Lo que conocemos comprende, en el ejemplar conservado de *El Puerto*, las páginas 49 a 56; es decir, faltarían de la 1 a la 48 y de la 57 hasta el final. Por la numeración y la forma del folletín en que apareció, se colige que empezó a publicarse a partir del primer número, pues corresponde exactamente a ocho páginas por entrega.
- (2) Del poema dramático *La Mariscala* escrito en colaboración con José Carlos Mariátegui, se han conservado sólo fragmentos en las siguientes publicaciones: Fragmento de la escena IV de la jornada segunda, de las escenas II y III de la jornada tercera, de la escena I de la jornada quinta y de las escenas III, IV, V y final de la jornada última en *El Tiempo*, 4 de setiembre de 1916, págs. 3-4. El prólogo y las jornadas primera y sexta se publicaron bajo los cuidados de Alberto Tauro en dos números de la revista *Palabra* el año de 1944, en No. 6, de julio, págs. 13-14, y el No. 7, de octubre, págs. 13-14.
- (3) *La Crónica*. Lima, 10 de mayo de 1917.
- (4) Los fragmentos que se han conservado de *Verdolaga*, exceptuando el fragmento del prólogo, se publicaron en la segunda edición de *El Comercio* del 30 de abril de 1948 p. 8, acompañados con notas de Ricardo Roca Rey. Anteriores a esta publicación tenemos las siguientes: La escena V de Acto I, en *Ariel* No. 2, 30 de junio de 1917; esta escena se reprodujo luego en *Mercurio Peruano* No. 18, diciembre de 1919, págs. 471-473. El fragmento del prólogo y las escenas I y II del acto I y un fragmento de la escena I del acto II se publicaron en *La Voz de Ica*, 7 de marzo de 1938, p. 14.
- (5) *La Voz de Ica*, 7 de marzo de 1938, p. 14.
- (6) Conservado en cuatro hojas autografiadas de 13.6 x 21.5 cm. escritas por un solo lado con tinta negra numeradas del 3 al 6.

Ricardo Silva-Santisteban (Lima, 1941) es un poeta y crítico literario de relieve. Dirigió la revista *Creación & Crítica* y tiene publicados dos libros de poemas: *Terra Incógnita* y *Sílabas de palabra humana*. Preparó la edición de las obras completas de José María Eguren y César Moro, cuyo primer tomo ha sido publicado.

NARCISO EN LA ESCUELA
Pluralidad, soledad, alma



—uno—

*El alma, engendrada por los vientos,
entra, desde fuera, en los hombres,
en algún instante en que respiran...*

ORFEO

Desde antes de la irrupción del psicoanálisis, la ciencia biológica había venido reparando en un hecho que parece fundamental para comprender la condición humana: *la prematuridad del nacimiento*. Los doscientos setenta días de vida intrauterina que permanecemos siendo gestados en el vientre materno resultan, indudablemente, un tiempo demasiado corto que apenas alcanza para desarrollar un equipaje precario, insuficiente, inacabado. Somos echados al mundo cuando aún no hemos madurado todas las capacidades necesarias para desenvolvernos exitosamente en él. Esos nueve meses significan, además, y comparativamente, un plazo muy breve asignado a la especie humana, teniendo en cuenta la duración de la vida en otros animales.

Durante largo tiempo después de haber sido paridos prolongamos nuestra dependencia en una extensa preparación para la vida. Transcurren más de doce meses antes de que seamos capaces de desplazarnos erguidos con alguna seguridad. A la edad en que muchos mamíferos deben salir a cazar sus presas, desplegando increíbles destrezas, permanecemos nosotros, todavía, en la cuna, arropados, emitiendo alaridos para obtener, acaso, el alimento.

Sin embargo, no es en este terreno donde se manifiesta la radical precariedad con la que nos establecemos en el mundo. No sólo no podemos ver, comer, desplazarnos, coger, defendernos: además, en el orden emocional, nuestra impotencia es absolutamente más grande. No estamos en condiciones de apreciar lo que sentimos, de pensar, ni de recordar lo que hacemos. No somos dueños de nosotros, no nos manejamos. La estructura interior, el soporte básico desde el que organizamos nuestra experiencia, no ha sido aún desarrollado. El Yo, aquello que somos, consciente e inconcientemente, el alma, si queremos emplear una voz más sugestiva, es el resultado de largos y penosos encuentros con el exterior, con el mundo, con los otros. Recién llegados no somos sino un desvalido atado de impulsos y estímulo, incapaces, incluso, de percibirse como distintos a la realidad externa. Somos hambre y dolor, de pronto frío y, más tarde, ruidos, oscuridad, abrigo.

Lentamente, como emergiendo de esa bruma, alguien comienza a habitar nuestro cuerpo, dándole forma a los sonidos, aprendiendo a acumular el tiempo que vivimos. ¿Cómo y de qué manera aparece en nuestro interno ese ser que luego somos? ¿En qué momento surge y se instala esa imagen que pronto es dueña de los gestos, de las intenciones? Y, sobre todo, pregunta decisiva: ese Yo, que toma nuestra voz, que comenta nuestros actos, que nos mueve ¿fue creado por nosotros, ha brotado, únicamente, de nuestro vientre, de nuestros sueños? ¿O, terrible acaso, ha llegado de lejos, conquistando nuestra tierra immaculada antes de que hallamos tenido el tiempo de construir nada propio sobre ella?

De múltiples maneras se me hace evidente, día a día, la inmensa influencia que hombres y mujeres ejercemos entre nosotros. Esta influencia, dirigida hacia el niño, constituye la mano tendida desde la que el alma infantil eleva el edificio de su ser. El niño forja la imagen de sí mismo a partir de los rostros que le son cercanos, desde los otros que le hablan y le devuelven aquello que en él creen ver. El niño pequeño nos mira y somos para él agua, cristal, espejo: para llegar a sí mismo debe abandonar-

se, el camino hacia él pasa por nosotros.

Los peligros, los desvíos, son múltiples. Este factor biológico, aseguraba el propio Freud, "intensifica la influencia del mundo exterior, eleva la significación de sus propios peligros, establece las primeras situaciones dificultosas y crea la necesidad de ser amado, que ya no abandonará jamás al hombre." Los adultos podemos contribuir al desarrollo de un Yo sólido, centrado sobre sus propias características. Podemos abrir la oscura senda al autoconocimiento, a la identidad, a la armonía. Pero podemos, también, levantar un Otro, un ajeno que confunda al ser que recién asoma. Podemos dividir, portregar, trabar duramente e, incluso, impedir el encuentro del alma consigo misma.

En estas breves páginas me propongo mostrar algunas consideraciones en torno a este surgimiento del Yo, del sí mismo, de la confianza, de la inseguridad, según se me revela en el comportamiento social de los niños. Pienso que hoy resulta afán importante el hacernos responsables por el modo como, inevitablemente, influimos en la gente, en los niños, hasta llegar, en ocasiones, a procurar hacerlos repetir nuestra propia vida.

—dos—

...un hombre que es incapaz de formar parte de una comunidad, o que se basta a sí mismo, bien debe ser un animal inferior, o bien un dios.

ARISTOTELES, La Política

A principios del siglo XIX en los bosques de La Caume, a una pequeña villa al sur de Francia, a orillas del río Aude, tres cazadores atrapan un animal en el instante en el que, abandonando las bellotas recogidas, procuraba huir trepando por un árbol. Llevado al pueblo la sorpresa es total, el animal resulta ser un hombre, un cuerpo de unos once años aproximadamente, sucio, descuidado, marcado por desgarramientos y desolladuras y completamente cubierto de cicatrices que parecen ser la huella de terribles combates con las fieras. Llevado a París en 1803, el llamado Salvaje de Aveyron llega a la Institución para Sordomudos de la calle Saint-Jaques. Allí, asustado, es entregado al cuidado del joven médico Jean-Marc Gaspard Itard, especialista en problemas del oído. El doctor Itard, de gran sensibilidad e intuición, comprende que tiene ante sí la ocasión inapreciable de observar la naturaleza humana en un ser que durante su vida no ha conocido un semejante. Aislado en los bosques, el pequeño Víctor, como lo nombra Itard, ha huido siempre de los hombres, haciendo suyo el espacio animal, la floresta, las castañas y los ríos. Tiene ante sí al "buen salvaje" de Rousseau, al individuo



puro, antes de ser corrompido por ninguna escuela.

Flotan en el tiempo las ideas renovadoras, las discusiones. ¿Tiene el hombre al nacer talentos, pensamientos, opiniones? La doctrina de las ideas innatas busca aun su rango en la ciencia. Para quienes esperaban al niño desenvuelto que se asombrase ante los prodigios de la civilización, el desencanto es inmenso. Sólo ven a un niño sucio que se balancea como los animales en el zoológico, indiferente a todo, que muerde y araña y que no concede atención a nada. Itard lo estudia, le enseña, lo alimenta. ¿Qué nos dice, tras veinticinco años de convivir con el muchacho? La conclusión le llega crudamente: *Víctor no es un hombre; es, apenas, un animal inferior a cualquier animal doméstico.* Sus ojos no pueden fijarse, no saben observar, sus miradas viajan vagamente de un objeto a otro; su tacto, impreciso, no distingue los objetos en relieve de las figuras dibujadas en las hojas; su oído, insensible; la voz reducida a un estado completo de mudez, un sonido gutural y uniforme. Sin capacidad para comunicarse, desprovisto de memoria, de juicio, de aptitud para la imitación, este *homo ferus* no concede intención a los gestos, no puede expresarse. Su ánimo, sus emociones, si cabe la palabra, no muestran al hombre feliz que algunos habían aguardado. Inestable, Víctor pasa de una tristeza apática a los accesos de risa más inmoderados. Y, lo que es peor para los naturalistas, el salvaje es torpe, inhábil, no posee ni un pequeño porcentaje de la astucia que los gatos o los pequeños roedores revelan a cada instante. Víctor, separado de su alimento por una alacena, no acierta a pararse en una silla y alcanzar la portezuela. Sin la ayuda de la señora Guérin, que lo cuida desde que cumplió los dieciocho años, moriría irremediamente. También en el campo, su hábitat, resulta un animal inferior: sólo sabe usar los incisivos, recolecta bellotas, roe legumbres, no puede cazar sino pajarillos indefen-

sos. Este niño tuvo suerte de que su bosque fuera el de La Caume; en cualquier otro, algo más peligroso, no hubiera sobrevivido. En 1828, con algo menos de cuarenta años, Víctor de Aveyron fallece atendido por la bondadosa señora Guérin sin haber logrado, en todo ese tiempo, y con tan buen maestro, adquirir las capacidades de cualquier hombre normal.

El ejemplo de Víctor no es un caso único. Antes y después de él han sido encontrados muchos niños en estado salvaje, con características similares según el grado de contacto que tuvieron con la gente. Un caso, muy aleccionador, se da en la misma Francia y durante la misma época. Una niña es hallada en el bosque. Tras examinarla revela un hecho sorprendente, inesperado: es capaz de crear y manejar un pequeño número de signos y, además, ejerce, incipiente, la capacidad de acumular y evocar sus experiencias. Posee memoria, recuerdos, incluso, de su estancia en el bosque. La explicación de este hecho aparece a los pocos días: no estuvo sola, otra niña, algo menor y probablemente su hermana, se extravió con ella, acompañándola durante largo tiempo antes de fallecer. Esta presencia de otro ser, del prójimo, la desarrolló algo, la hizo humana.

Lo que Itard concluye resulta lapidario: "El hombre es únicamente lo que de él se hizo". Sin el contacto y la relación con otros seres no somos sino un pobre animal, indefenso, débil, casi estúpido. Esta conclusión había sido pensada y valorada profundamente en la Grecia Clásica con su idea de la polis. Platón, y sobre todo Aristóteles, vislumbran la esencia social del alma humana. *Hombre sin raza, sin ley y —por tanto— sin corazón*, dice Homero, como formulando la gran desgracia. Y la misma idea, cargada de ironía, cita Aristóteles al decir: *Me basto solo para ser infeliz.*

— tres —

...y la razón por la que el hombre es animal social, en más alto grado que la abeja, es evidente: el hombre posee el lenguaje...

ARISTOTELES, La Política

Lo humano pues, propiamente dicho, se forma, cuaja, en el trato, en la relación con los otros hombres. La comunicación, el lenguaje, la palabra, posibilitan el desarrollo pleno de la esencia humana. El animal siente, el hombre siente y habla. Los nueve meses que permeneamos en el vientre femenino maduran sólo algo del animal que somos. Más tarde otro útero, otra matriz, otra casa, durante mucho tiempo, engendra al hombre. El alma, el ego, el Yo, o como quiera llamársele a eso que es la substancia, el soporte desde el que pensamos, sentimos, existimos, no nace con nosotros. Surge, quietamente, de nuestros contactos, de nuestras

comparaciones con las personas que nos rodean, que constituyen nuestro entorno. La respuesta del mundo a nuestras demandas nos enseña a hacer del grito, voz; del llanto, palabra.

Sin embargo el lenguaje, observa Freud, presupone la experiencia de un Yo coherente. Sin haber formado en nosotros ese anclaje que nos liga con el mundo no podemos, aún, hablar, comunicarnos. El autismo, por ejemplo, muestra esta relación. La ausencia de un Yo sólido, vigoroso, retrotrae, sepulta. La locura, incluso, revela al ser débil que equivoca el lenguaje, que no puede construir correctamente el diálogo con el mundo exterior porque, precisamente, éste no le ha enseñado la manera adecuada.

Así, el primer lugar entre las complejidades de la vida humana lo ocupa la comunicación a nivel del Yo, donde cada uno pone a prueba toda "la información recibida sensorial y sensualmente, lingüística y subliminante, para la confirmación de su identidad". La madre no da sólo la vida; da, además, el mundo. La palabra representa lo real, lo entrega. Somos, en realidad, en gran medida, lo que vemos, lo que palpamos, los que nos tocan, *lo que nos dicen que somos*. Nuestra capacidad de amor, por ejemplo, está en relación con el modo como fuimos amados, nuestra forma de odiar con la intensidad con que fuimos odiados. De allí, tal vez, este fragmento (109) de Empédocles, griego del siglo V:

*Por la tierra vemos la tierra;
por el agua—el agua;
por el aire, el aire divino;
por el fuego, el fuego destructor;
al amor por el amor,
y la luctuosa destrucción por ella misma...*

Esta dependencia, este ser social, constituye al mismo tiempo, nuestra grandeza y nuestra miseria. Estamos a merced de las circunstancias, del azar,





del destino. Lograr nuestra identidad, encontrarnos, es una tarea que puede resultar penosa, infinita y, en los casos peores, ininteresante. Este asunto de la identidad, ha dicho Erik Erikson, adquiere en nuestros días características psiquiátricas. Hace falta, más que nunca, esclarecer las formas como formamos otros seres, la manera como educamos.

— cuatro —

*Vive un hombre en mi interior
que es contrario a mi vivir.*

SIR THOMAS BROWNE, Religio Medici

*Mi infancia...
agua clara, espejo para el árbol y la nube
que tantas virtuosas almas enturbiaron.*

O. PAZ

El niño muy pronto desarrolla una curiosa capacidad: traga. Y no sólo alimento; ingiere también a su ambiente. El niño atraviesa por un estadio que algunos han denominado "incorporativo". Sobre este embrión informe que es su ser va, poco a poco, sintetizando su yo a partir de la realidad que vive. Entre los seis y los dieciocho meses ingresa en una etapa especial, llamada por Lacan la Fase del Espejo. El pequeño anticipa imaginariamente su cuerpo total, que no puede ver, por la contemplación de sus padres o de otro semejante. Esta percepción imaginada de lo que sería su unidad corporal constituye el esbozo de lo que efectivamente será su Yo. El percibe, en la imagen semejante, o en su propia imagen especular, una forma en la cual anticipa (de ahí su gozo) una unidad con la que se identifica. "El Yo se constituye como un otro, y el otro como un otro Yo (alter ego)".

Es en esta parte, la muy temprana infancia, don-

de el niño debe extraer del mundo una vigorizante sensación de realidad, asumiendo la convicción hacia un futuro colectivo tangible. Y es esta sensación, precisamente, lo que llamamos identidad. Esta se define por su relación con los otros; tener identidad es reconocerse diferente y semejante a una misma vez. Ser "una variación exitosa de una identidad colectiva", que marcha de acuerdo con las exigencias del medio.

Sobre este esbozo de Yo debe agregarse un correcto ideal de Yo que sirva de piedra sólida para la construcción de la autoestima. El niño debe obtener seguridad y gratificación de las acciones que libremente emprende para investigar el mundo. Todos hemos visto la facilidad con que se ilumina, sonriendo, el rostro de un niño de apenas once meses al descubrir que puede caminar y que eso alegra y complace a sus semejantes. Hasta muy grandes este sentimiento de satisfacción ante la aprobación del prójimo continúa operando en nuestro ánimo. Tal vez de allí provenga la expresión aguda de Vallejo al definírnos como el único *mamífero que se peina*.

El mismo Erik Erikson ha sintetizado los componentes que forman la autoestima: "Un sentimiento de *confianza* básica es el primer componente de la vitalidad mental que hay que desarrollar en la vida, un sentimiento de *autonomía* el segundo, y un sentimiento de *iniciativa* el tercero". Y con confianza entiende una esencial seguridad plena en los otros y también un sentimiento fundamental de la propia confiabilidad. Este es pues, en mi opinión, todo un programa de educación para padres y maestros: confianza, autonomía, iniciativa.

Puede suceder, sin embargo, que el ambiente en que vivimos, en el que crecemos, no fomente en nosotros estos sentimientos y hasta que los inhíba. Es posible que aquello que oímos decir de nosotros, esa imagen propia que los demás nos colocan, no corresponda, no se ajuste, a lo que nosotros sentimos ser o a lo que en verdad somos. Lamentablemente nuestra dependencia primigenia es tal que el adulto que nos ampara, la madre que nos nutre, resulta omnipotente ante nosotros. Nuestra *psique*, nuestra alma, queda en sus manos.

Ser un animal plural, un animal de polis, puede ser nuestra tragedia, nuestro infierno. Crecer con el influjo de todo lo que, sin pertenecernos, nos habita: ese sentimiento de ser un desconocido, un extranjero para sí mismo, como fluye en estos hermosos versos de Octavio Paz:

*Prófugo de mi ser, que me despuebla
la antigua certidumbre de mí mismo,
busco mi sal, mi nombre, mi bautismo,
las aguas que lavaron mi tiniebla.*

Me dejan tacto y ojos sólo niebla,



niebla de mí, mentira y espejismo

*De una máscara a otra
hay siempre un Yo penúltimo que pide.
Y me hundo en mí mismo y no me toco.*

Este sentimiento se vincula, socialmente, a una enajenación en la que los individuos no se reconocen semejantes, no forman comunidad. A pesar del privilegio del lenguaje los hombres podemos llegar a crear tal confusión, producto de esta interacción alienada, que la comunicación nos separe, que no encontremos el vínculo que nos redima, que nos permita, gracias al Otro, reconocernos, hacernos auténticamente humanos. El deterioro degrada y empobrece todas las actividades, incluso el amor o la amistad, porque cuando falta "un firme sentimiento de identidad, aun las amistades y los asuntos amorosos se convierten en intentos desesperados de definir los contornos borrosos de la propia identidad..."

— cinco —

En nuestro estudio sobre la influencia y su lugar en la educación hemos podido ver que su prostitución reside en el mal uso de aquello que podríamos llamar la cualidad más sagrada de un niño: las dudas sobre sí mismo.

D.W. WINNICOTT: El niño y el mundo exterior.

¿Quién soy? ¿Quiénes somos? Las interrogantes, vigentes aún, cobran significancia común, extendida. La paradoja se encuentra en que nos perturba la soledad y nos incomoda la compañía. Que ahora, en palabras de Emilio Ciorán, "cuanto más frecuentamos a los hombres, más nuestros pensamien-

tos se oscurecen, y cuando, para iluminarlos, retornamos a la soledad, encontramos allí la sombra que ellos proyectan".

La escuela, a pesar de lo que han sostenido quienes le hicieron epitafios, puede cumplir hoy su auténtico rol de comunidad, de reducido universo hecho espacio grato para el autoconocimiento, para el encuentro con los otros, para el diálogo, para el pensamiento. A menudo he visto niños inseguros, confundidos; niños de escasos años que concluían ante un fracaso: "no sirvo para nada"; muchachos que desconocían sus talentos, que se subestimaban, que creían ser débiles a pesar de que su constitución, su peso, les decía lo contrario; niños con temor a mostrarse por no enseñar el monstruo que sospechaban llevar adentro; niños, incluso, que ignoraban su rol sexual, soñando con llevar hijos en su vientre a despecho de su condición masculina. Y la contraparte, niños inflados, como globos, como pompas, vestidos de seguridad pero huyendo a toda intimidad, a todo contacto; niños con su Yo apoyado en las muletas de sus posesiones, del dinero, de los obsequios de sus padres. Y, a pesar de esto, los he visto alterar aceleradamente su inseguridad, nutrirse velozmente de la confianza que un maestro, en quien creían, podía ofrecerle y, luego, entregarse al encuentro con los pares, con los otros niños, protegidos por saberse en un medio donde cuenta su palabra, donde rige la equidad, la igualdad, la justicia. Desaparecida la inseguridad emocional brota, inmediatamente, el interés (inter-esse: ser; entre) por el exterior, por salir hacia afuera, éxtasis (ex-esse: ser; fuera), Sociedad.

La escuela debe ser, imperativamente, comunidad. Han sido, en este tiempo, Dewey, Neill, Freinet, Bettelheim, los forjadores de esta concepción de la escuela como lugar para el crecimiento del

alma, enfrentada gozosamente a sus semejantes. Sólo así, construida sobre el diálogo, una generación nueva podrá, gracias a su identidad, contemplar y transformar el mundo. Todo lo demás, ciencia, computadoras, tecnología educativa, no hará sino solidificar, congelar, este extrañamiento, esta infeliz lejanía en la que estamos situados, desde hace mucho tiempo.

Y no se piense en educación del individuo como opuesta a la educación grupal. Espero haber hecho notar, en alguna medida, que no es posible esa diferencia, que, hablando con propiedad, no existe

del individuo. Vallejo lo ha evidenciado:

*Alguien pasa contando con sus dedos
¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito?
.....
Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?*

Nuestro destino, querámoslo o no, es uno y el mismo. La educación consciente lo gesta. La pasividad lo perpetúa.

Chorrillos, Primavera de 1983.



Nota: Aunque sin nombrarlos este artículo debe muchas ideas y formulaciones a algunos textos y autores que no puedo dejar de mencionar aquí. Ellos son, fundamentalmente:

- *Aristóteles : — La Política
— Ética a Nicómano
— Del Alma
- *R. Bahro : — La Alternativa
- *R. Bettelheim : — Educación y vida moderna
- *E. Ciorán : — Silogismos de la Amargura
- *Epicuro : — Ética
- *Sigmund Freud: — Introducción al Narcisismo
— Esquema del Psicoanálisis
— Inhibición, Síntoma y Angustia.

- *J.M. Gaspard Itard : — De la educación de un hombre salvaje.
- *J. Lacan : — Escritos
- *K. Marx : — Manuscritos de Economía y Filosofía
- *R. May : — El Dilema Existencial del Hombre Contemporáneo.
- *J.P. Sartre : — Cuarto Cerrado
— Las Palabras
- *Séneca : — Sobre la Felicidad
- *C. Vallejo : — Poemas Humanos
- *D.W. Winnicott: — El niño y el mundo exterior

Constantino Carvallo (1953), tras pasar por las facultades de Filosofía y Pedagogía de la U.C., fundó el Colegio Los Reyes Rojos en el cual trabaja a dedicación exclusiva. El artículo que presentamos es una apretada síntesis de uno de los capítulos del libro que, bajo el título de EDUCAR, espera publicar próximamente.

LA MUJER INVISIBLE

Y bien, finalmente me he convertido en la mujer invisible. Y aunque deba seguir cumpliendo con mis obligaciones cotidianas, no puedo negar que esta situación entraña para mí algunos beneficios. Por ejemplo, estar eximida de la penosa tarea de hablar. Por ejemplo, no tener que dar explicaciones a nadie. Lo más importante, sin embargo, es que mi nueva condición me ha salvado definitivamente de desintegrarme, riesgo que he llevado conmigo desde que viniera a vivir a esta casa. En ese entonces Marisol, la hija del primer matrimonio de mi marido, tenía apenas seis años y constantemente me reclamaba la presencia de su madre. Yo la percibía en todas las estancias y pensaba ingenuamente que cada objeto estaba lleno de su espíritu. Pronto descubrí que la madre de Marisol había sido una víctima, como lo fui yo, del extraño hechizo que existe en esta pequeña mansión. Ignacio me ayudó a constatarlo. Riendo, disipaba de mi alma las extrañas sensaciones que me albergaban cuando me quedaba sola en casa. Su risa me inspiraba, me animaba de alegres intenciones. Entonces yo confiaba que la casa finalmente me pertenecería; cedería ante mí, tendría que ceder. Pensaba que podría despojarla de ese aire de presidio que la recorría de largo a largo. Pero en balde hice todos los arreglos que surgieron de mi imaginación y de la de los amigos, en ese entonces aún tenía amigos. Vendí los muebles, compré otros, los pinté de diversos colores, los cambié de lugar. Fue inútil: la casa me venció. Años después perdí totalmente las esperanzas. Así, mandé construir la habitación en la azotea. En ello utilicé el dinero que mezquinamente había ganado a los kilos de carne, de papas, de verduras. Dinero ahorrado a costa de esfuerzos y tesón, porque Ignacio jamás se ha caracterizado por su generosidad. Pero bueno, mi habitación. Ilusa de mí, pensé tener ahí mi refugio. Permanecía en él casi la mitad del día y nunca permití que nadie entrara a él aunque me percaté que desde el principio Marisol y la sirvienta me espiaban. Pinté las paredes de negro para que nada me distrajera de mí misma. Fueron ingenuos esfuerzos por recobrar me, porque a pesar



de mis precauciones, la casa se apropió también de mi refugio.

Cuando recuerdo cómo empezó todo, pienso con toda seriedad que esta casa (quizá todas las casas) tiene voluntad propia. Por ridículo que parezca, la tragedia empezó con una olla grande que encontré en la cocina, el primer día que me mudé a vivir aquí con Ignacio, —luego de nuestra luna de miel en Paracas—, y que inmediatamente decidí botar. Todas las noches soñaba con ella. En mis pesadillas aparecía una olla gigantesca que tenía que llenar con verduras pero ésta volaba unos centímetros por encima de mi cabeza. Yo no podía alcanzarla y, cuando lo hacía, me ensuciaba las manos con su tizne. Luego me pasaba las manos por la cara y me veía toda manchada de negro. Las verduras en el suelo aparecían negras. Al despertar iba directamente hacia la cocina y lanzaba la olla al tacho de basura; luego salía apresurada y compraba otra nueva. En esa época de recién casados, como ya dije, Ignacio reía con lo que consideraba mis caprichos y me lo permitía todo. En esos días, además, no teníamos servidumbre; era yo la que cocinaba y hacía la limpieza. En vez de hacerlo,



empero, permanecía horas mirando las ollas. Tenían que brillar, brillar, porque en caso contrario, serían ganadas por la casa. Sin embargo, y a pesar de la cantidad de ollas que compré, todas lucían al cabo de una semana una manchita negra, un tizne imperecedero. Limpiaba cada olla a media mañana, antes y después de usarla, pero cuando concluía el almuerzo, volvía a encontrar la persistente señal. Antes de servirles la comida a Ignacio y a Marisol la miraba atentamente y aún seguía pensando en ella mientras estaba sentada a la mesa. Al cabo de un año me di por vencida. Contraté una cocinera y me desentendí para siempre de todo eso. No exagero si les digo que jamás volví a entrar a la cocina. Me dediqué entonces a leer revistas de decoración, lo que me brindó un tema inagotable de conversación con Ignacio, quien ya raras veces hablaba conmigo. En cuanto a Marisol, que iba creciendo rápidamente como una bella flor, ella sólo me dirigía la palabra para que la asistiera en las pequeñas tareas que aún no era capaz de realizar por ella misma: amarrarse los zapatos, sacarse la chompa, alcanzar objetos de lugares altos.

Pero ni las revistas de decoración ni el refugio que me edificué me ayudaron. Más bien empecé a notar extraños cambios en mí misma, hasta que un día logré verme. Sí, empecé a verme. La primera vez de veras me asusté. Estaba echada en la cama de Ignacio —porque yo nunca tuve una propia— y vi pasar mi figura lentamente hacia el comedor. Era yo misma, jorobada y distante, con los cabellos despeinados colgándome hasta la cintura. Realmente era una figura deprimente. No pude soportarlo y corrí hacia ella. La sacudí, cogiéndola de los hombros y ella entonces, o yo, me miró con una terrible mirada y me dijo en tono seco, imperturbable: “déjame en paz”. Quedé paralizada de terror y creo que luego me desmayé porque cuando abrí los ojos estaba nuevamente en la cama y Sonia, la cocinera, me miraba asustada. Ella me había arras-

trado hasta allí desde el comedor. Luego me fui acostumbrando a estas visiones hasta hace unos días en que me volví invisible. Es decir, ya no me vi más. El proceso, empero, fue largo, como que duró alrededor de diez años. Parece que todos en la casa nos acostumbramos a mi extraña presencia deambulando tristemente por todos los rincones, sin rumbo, salvo cuando permanecía en mi refugio mirando por la ventana.

No se crea, sin embargo, que por esta razón dejé de asistir a las reuniones que mes a mes organizaban mis compañeras de colegio. Estas sesiones mensuales formaban parte de una rutina de casi 20 años que me sentía imposibilitada de romper a pesar de que variaron en su origen. Al principio resultaban muy íntimas. Yo sabía cómo hacía el amor cada uno de los maridos de mis ex-compañeras de aula, cómo las enamoraron, el sueldo que ganaban y qué nuevos artefactos eléctricos compraban para sus casas. Luego ya no lograba comunicarme con ellas, pero como había empezado a verme, disfrutaba de mi nueva condición. Así, estas sesiones se convirtieron para mí en una suerte de película que esperaba mensualmente. Luego de algún tiempo mis compañeras empezaron a ignorarme. Se limitaban a abrirme la puerta de sus casas sin siquiera saludarme y yo buscaba un buen lugar para acomodarme y permanecer desde mi butaca, mirándolas, mientras ellas se movían y hablaban. Realmente era un privilegio exclusivo observar mes a mes a los mismos personajes que hablaban, hablaban, hablaban, en una suerte de histeria pasiva. Yo permanecía muda. Claro, ellas hablaban sobre sus hijos, pero yo no tenía hijos; de los viajes que hacían, pero yo no viajaba; de sus maridos, pero Ignacio era para mí todo un enigma. También se lamentaban de sus empleadas domésticas, pero Sonia y yo hacía años que no cruzábamos palabra. También se discutían apasionadamente los temas de las telenovelas, pero lamentablemente yo no las

veía, aunque muchas veces me viera a mí misma atenta frente al televisor. Así, en esas reuniones yo era la única espectadora de una obra llena de actrices. Sinceramente gocé con ellas hasta que falté una vez y perdí la pista de las siguientes. Sin embargo, consideré que casi veinte años en esas andanzas eran más que suficientes; ya había disfrutado en exceso del placer de ser invisible y, total, siempre me quedaban los diálogos de Marisol con Ignacio a la hora del almuerzo.

Realmente mi único problema consistía ahora en la hostilidad de mi figura hacia mí; sencillamente no me permitía observarla y empezó a insultarme de una forma terrible. Me llamaba espía y alegaba que cuando yo no la veía se sentía de veras invisible pero conmigo allí observándola se daba cuenta que no lo era. En fin, que no sólo tenía que ser invisible para el resto del mundo, sino también para mí misma. Fue así como hace unos días dejé de verme deambular por la casa y no logré más ver mi imagen reflejada en el espejo.

Este pequeño problema, empero, no es nada si comparo los beneficios que me acarrea mi invisibilidad. Es verdaderamente la única forma en que me he podido sentir libre. Como ya les dije, tengo no

pocos privilegios. Por ejemplo estar eximida de la penosa tarea de hablar, no tener que dar explicaciones a nadie y sobre todo saber que vencí a la casa, porque ahora SOY la casa. Deambulo por todos sus pasillos y conozco más que nadie sus rincones secretos. Las horas en que hay que estar en cada una de sus estancias, los instantes en que la luz los beneficia. Así también gozo interminablemente vigilando el paciente trabajo de Sonia con los trastos de la cocina o con las rutinarias conversaciones de Marisol e Ignacio a la hora del almuerzo o siguiendo los indecisos gestos de los visitantes que vienen a ver a mi marido o a mi hijastra.

No tiene ninguna importancia que Marisol e Ignacio hablen de mí a la hora del almuerzo, como si yo no estuviera con ellos, que se turnen para ir a visitarme —según dicen— a un sanatorio. Ellos creen que yo no estoy aquí sino allá. No saben que soy invisible y que aunque esto carezca de lógica, es mi nueva naturaleza la que me ha salvado de desintegrarme. Les dejaré creer lo que quieran. Total, ya nada me molesta: ni los tiznes, ni las ollas, ni preocuparme por Marisol, ni hablarle a Ignacio, ni las pequeñas tareas que se me impongan. Soy invisible, soy libre.

Cuando María José empezó a bailar en la danza de las muchachas a las 10 de la noche de los Reyes (Concepción y Arequipa) que tomaba un nuevo comienzo en el teatro. La había pedido ser una de las bailarinas. La había dicho: "Si como no me gustan los chicos tan joven. Conquisté pues a un hombre, a la joven, alborotada, fue a dar vista a un hombre. Se levantó ésta: "¿Y qué te das a tomar? Yo me pagamos al almorzar. El almorzar lo pago yo misma. Mas no se desahoga su voz. La había llamado tanto, aunque por un momento. Y se veía...".

Avergué en las tardes cuando yo iba de calle Grau y las casas de La Samaritana y en los otros donde se ofrecían películas para los Reyes. Algunos de los bailarines venían a bailar en las tardes. Me dio un poco de pena. No sé cómo para él se comportaba. Y hubo también una vez una niña y las delgadas. "Por qué no esperar a que venga". Y ella respondió: "No, ya tengo cosas que hacer". Habló en fin a uno de los bailarines que estaba con ella y se fue. Y ella respondió: "No, ya tengo cosas que hacer". Habló en fin a uno de los bailarines que estaba con ella y se fue. Y ella respondió: "No, ya tengo cosas que hacer". Habló en fin a uno de los bailarines que estaba con ella y se fue.



Mariella Sala (Lima, 1952), ha publicado algunos poemas en revistas de poesía. Este cuento pertenece a un libro que tiene en preparación. También es periodista.

LA AZUCENA



Cuando María Josefa cumplió catorce años, quiso bailar en la danza de las muchachas, o huaylijía, de la fiesta de los Reyes. Conocía a Aguedita, la que formaba un nuevo conjunto en el barrio, y le había pedido ser una de las bailantes. Y Aguedita había dicho: "Sí, cómo no, aunque todavía eres tan joven. Consigue, pues, tu disfraz". Y María Josefa, alborozada, fue a dar aviso a su madre. Se lamentó ésta: "¿Y quién te dará la ropa? ¿Cómo pagaremos su alquiler? Si al menos tu padre viviera..." Mas no se desanimó su hija — ¡se había ilusionado tanto! Anunció, pues: "Ya encontraré, mamay. Ya verás..."

Averiguó en las tiendas cercanas, y en las de la calle Grau y las casas de La Samaritana, y en todos los sitios donde se ofrecían posturas para las fiestas. Algunos de los dueños, viendo su poca edad y su pobreza, le decían: "No, no hay como para ti. Eres aún niña, y tan delgada..." Y hubo también quienes le aconsejaron: "¿Por qué no esperas a otra vez?" Y ella respondía: "No, ya tengo catorce años..." Habló en fin a una señora que ofrecía una variada cantidad de atavíos, y entre ellos —oh fortuna— uno que se adecuaba a la talla de la solicitante, y que era muy bonito. Un faldellín rojo oscuro, con hermosas vueltas de cinta, y monillo crema y manta de franjas muy vivas. Era un conjunto muy hermoso, aunque la seda estuviera ajada y lustrosa la cachemira. "El alquiler cuesta mil

soles", dijo la propietaria. Reflexionó María Josefa, y propuso: "Plata no tengo, señora. Puedo sí lavar la ropa que se haya ensuciado". La mujer se negó en un principio, pero luego de considerarlo mejor, consintió: "Un mes me lavarás por el alquiler. Si no, no". Y aunque tal precio era ciertamente excesivo, María Josefa aceptó.

Era diciembre y faltaba ya poco para los Reyes, de modo que dedicó todas las tardes a esa tarea. Y mientras iba lavando, pensaba en esas prendas y en lo bien que le quedarían. Asistió también a los primeros ensayos, y danzó con tanta gracia que Aguedita la felicitó: "Lindo bailas, María Josefa". Y añadió: "No olvides de asegurar tu disfraz, ni de hacer tu azucena". Y sólo entonces se acordó María Josefa de la vara adornada que portan las danzantes en la huaylijía, y que se llama azucena. Se procuró, pues, luego de paciente búsqueda, una rama apropiada de aliso. Acudió después adonde los vecinos y les pidió retazos de papel cometa, y alguien le regaló tirillas y recortes de papel lustre. Y una anciana le obsequió fragmentos de cristal que podían sujetarse con hilos, y su madre le compró unas cintas blancas, muy blancas. Se puso después a trabajar durante tres o cuatro noches, y a pesar de que los matices no eran los mismos, ni iguales los eslabones de las cadenas, pudo llevar a buen término su intención. Miró, entonces, su azucena, y la colocó en el corredor, allí donde sus

hermanos menores no pudieran alcanzarla. Y sus pensamientos regresaron pronto al faldellín, al monillo con encajes, a la wishkata de "campos" rutilantes...

Llegó así la víspera, y María Josefa fue a pedir la postura, diciendo: "Mañana es la fiesta, señora. Traje este mantel para envolver la ropa. Mucho la voy a cuidar..." La mujer contestó, evasiva: "Y qué ropa era?" "Cómo, ¿no te acuerdas ya, señora? Esa que escogí, con el faldellín rojo oscuro y el monillo clarito..." "Ah, sí", dijo la propietaria, y agregó: "Lo siento, porque me olvidé y la di a una comadre de la Oroya, que allá también bailarán. ¿No habrá otra que te quede?". María Josefa no pudo pronunciar palabra, y permaneció inmóvil, pálida, un momento. Sabía bien, como sabía la dueña, que aquél era el único juego que se ajustaba a su estatura, y que era además tan bonito. Y así, sin decir nada ni reclamar por su trabajo, se retiró. No danzaría, pues. No se haría realidad el sueño que había acariciado tanto, ni festejaría de ese modo sus catorce años. No bailarían con la música de las flautas y del arpa, en ese día de enero. Retornó a su vivienda, y llorando contó a su madre lo

acontecido. Y su madre no supo cómo consolarla. A la mañana siguiente, muy temprano, María Josefa salió al patio. Apenas si había podido dormir, y parpadeó ante ese tiempo tan despejado y ese sol tan brillante. Estuvo allí un buen rato, pensativa hasta que su mirada se posó, como por azar, en la azucena. ¡La había olvidado por completo, absorta en los preparativos y en su pena! Se acercó, pues, y la tomó y fue a sentarse con ella en el poyo en que se asoleaba. Miró uno a uno los adornos, y la obra toda que había fabricado con sus manos. No, no había reparado cuán hermosa había resultado. Y lo era aun más, mucho más, en la claridad de ese domingo de fiesta. Se veían tan galanas las cadenas, tan blancas las cintas, y destellaban tanto los cristales. Era como una enorme flor de luz, por cuyo cáliz se derramara una lluvia de oro y transparencia. Y verla así, tan luciente, y saber que ella misma le había dado forma, la compensaba por no bailar y danzar, y celebraba con esplendor el comienzo de su adolescencia. Se levantó, pues, y tocó levemente los extremos de las cintas. Y nuevas lágrimas asomaron a sus ojos, mas no ya de pesar, sino de alegría...



Edgardo Rivera Martínez (Jauja, 1935), ha publicado los siguientes libros de cuentos: *El Visitante*, *Azurita*, *Enunciación e Historia de Cifar y de Camilo*. Recientemente obtuvo el premio "El cuento de las mil palabras".

CONTRA EL EGUREN QUE NO ES



1874-1942: ciclo vital de José María Eguren. La tragedia de la guerra con Chile nos sume en una larga y dolorosa convalecencia. Los caudillos se culpan mutuamente de derrotas y traiciones. El arte y la política se encuentran como aliados naturales. El retumbante mensaje de González Prada se extiende desde el Ateneo, el teatro Olimpo y el Politeama como una vibración contra los culpables del desastre: un alegato a favor del honor herido. Los obreros textiles, portuarios, mineros, petroleros, campesinos, panaderos, tipógrafos, cañeros, ferrocarrileros, tranviarios, choferes dan inicio a sus organizaciones que, a sangre y fuego, van germinando indetenibles. Al héroe militar le sucede el héroe civil, el mártir, el líder obrero. Ahí están las huelgas, los paros, las violentas represiones o agitación social constante, abrasadora: Vitarte, el Callao, Lima, Morococha, Casapalca, Talara, Negritos, Lobitos, las haciendas azucareras del Norte, Llancán... El poder emplea la matanza, el apresamiento, el destierro, el chantaje como instrumento contra las masas trabajadoras.

Más de veinte presidentes de la República pasan por Palacio de Gobierno: desde breves permanencias hasta una larga estada de quince años. Levantamientos, conspiraciones, asesinatos se suceden unos a otros. La insurrección aprista. Las insurgencias civiles y militares. El Poder es un trofeo arduamente disputado. Pero entre aquella turbulencia las masas trabajadoras logran algunos de sus propósitos: comités de defensa, federaciones obreras y campesinas, publicaciones, congresos, confederaciones. Surge la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). Es el momento del nacimiento de partidos políticos: Mariátegui funda el Partido Socialista, que más tarde se convertiría en el Partido Comunista del Perú. El Partido Aprista Peruano. La Unión Revolucionaria, encabezada por Luis A. Flores, quien se declara fascista y llega al poder con la elección oficial de Sánchez Cerro... Bastaría hacer un recuento cronológico de los acontecimientos político-sociales comprendidos entre 1900 y 1940 para tener una idea clara del asunto.

Pedro de Acero:

*Pica, pica
la metálica peña
Pedro de Acero.
En la sima
de la obscura guerra
del mundo ciego.
Pesarosas,
como trenos y llantos,
se sienten voces.
De hora en hora
los primitivos salmos
y maldiciones.
Blondo el día
y el compás de la guzla
lejos, muy lejos.
Que en la mina,
más poderoso, lucha
Pedro de Acero.*

to. A ello habría que agregar las guerras con Colombia, con Ecuador. La concesión de territorios a Colombia, Brasil, Bolivia, Chile.

¿Y los artistas? ¿Y los intelectuales? Repasemos: el movimiento Colónida, el cenáculo de Amauta. Los nombres de Palma, González Prada, Chocano, Mariátegui, Valdelomar, Falcón, Zulen, Vallejo... Las voces nuevas contra el conservadurismo más disparatado y rancio. Años tumultuosos y violentos. Y todo aquello entretreído con la catarsis colectiva de las estridentes festividades carnavalescas. El apoteosis palaciego de las viejas cortes europeas, de las virreinales, era vivido en los multicolores carros alegóricos paseantes de reinas, princesas, príncipes, bufones, ángeles: una nobleza fantástica e irrisoria que animaba el corso por las calles de Lima.

La Comparsa:

*Allí, van sobre el hielo las figurantas
sepultando en la bruma su paranieve,
y el automóvil rueda con finas llantas
y los ojos se exponen al viento alevé.*

*Allí están con la risa multicolora
cascabeles felices de la locura,
y al poniente fluctúa luz incolora,
y las méganos ciñe la nieve oscura.*

*Allí pasan los bellos claros semblantes
a la luna del alma, la luna muerta;
las que vimos festivas formas galantes
se pierden en las luces del alba incierta.*

*La amarilla corneja llora en la nieve
y en un sueño fenece su grito alado;
hoy seguir la comparsa nadie se atreve
porque aquella alegría no ha regresado.*

El son de los diablos bailando al ritmo de sus cajas y osamentas de asno: todos vestidos de rojo, de terror, de gruñidos. Las batallas de pica pica, de talco, de betún, de agua, de anilinas, de perfumados chisguetes, de torpedos... El señor Presidente, elegante, risueño, abierto echando serpentinatas desde su balcón. Los antifaces. La comparsa de los innumerables grupos de disfrazados caminando ruidosos por las tardes al Municipal, al Parque de la Exposición, al Palais Concert con sus Damas Vienesas, a la plaza de Barranco: escenarios acondicionados especialmente para la danza y el jolgorio. Un muralesco retablo viviente con figuras evocadoras de tiempos idos, de mitos, de imaginaria. El pueblo hacía del oropelesco mundo cortesano un disparate para convertirse en él y divertirse con él. Luego el momento de la despedida, el

cierre de la fiesta, la sordina del estruendo. Los No Carnavales saliendo de quintas, de callejones, de residencias, de barrios enteros en hombros rumbo a la hoguera. Luego el ruido se apagaba tras el miércoles de ceniza embetunado de corcho quemado. Resucitando apenas, para morir luego, en el día de la vieja. ¿Dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la fantasía? ¿Dónde la fe de la Lima pacata y dónde la conducta pagana? En este mar de controvertidos oleajes el Perú, y en especial Lima, transitaba por un doloroso, alegre, real e irreal camino. ¿Cuántas veces el tirano de turno fue ridiculizado en uno o en tantos de los muñeques carnestolendos? Lima alternaba entre la guerra y la fiesta. Años de vorágine, de convulsión, de estallido.

¿Y Eguren? ¿Un poeta pequeñito, arrugadito, un viejito de andar menudo de enanito musical? ¿Abstraído de su contorno histórico? Lo han en vuelto en tanta niebla falsa que resulta inevitable despejar el panorama. Partamos, por ejemplo, de "Pedro de Acero": Un canto hermoso al obrero, al trabajador de las minas, al que taladra el metal de las rocas en la obscuridad de los socavones: "En la sima de la oscura guerra/del mundo ciego". El mundo que está sobre Pedro resulta aun más tenebroso que las propias profundidades de la mina. El protagonista transita entre la sumisión, la esperanza y sus rebeliones. "De hora en hora/los primitivos salmos / y maldiciones". Mientras el día rubio, color de oro "y el compás de la guzla / lejos, muy lejos". Pero a pesar de las voces quejumbrosas como trenos y llantos y de la ceguera del mundo de arriba, el poeta concluye con la imagen altiva, heroica, erguida, imbatible del protagonista, del héroe. "Que en la mina / más poderoso, lucha / Pedro de Acero". ¿Hay algo ahí que nos haga pensar en un poeta-hombrecito asustado, fugitivo de su responsabilidad social? Absurdo. Ahí hay voz de poeta-hombre crítico, con la espada desenvainada. ¿Por qué pues, entonces, las opiniones aplantilladas se han empeinado en presentarnos a un Eguren angelical, asexual, habitante y habitado de lejanas leyendas, de mundos irreales y fabulosos? Tal vez por esa inclinación típicamente criolla de teñir con la anécdota biográfica del creador la vertiente psicológica de su creación. Quién lo sabe. Sin embargo, con "Pedro de Acero" se pudiera pensar en un brote poético de Eguren aislado, extraño en la generalidad de su obra poética: lo cual también sería falso. La poesía de Eguren es un agujón que hinca constante, efectiva, irreductiblemente. En ningún momento pierde su punta la aguja. Ni siquiera en el desarrollo de temas de aparente trivialidad como "La Comparsa": poema en el que se refiere a un conjunto de jóvenes de bellos y claros semblantes que van celebrando bulliciosa y alegremente el carnaval en un fino automóvil.

¿Por qué designa a aquellos como “cascabeles felices de la locura”? ¿Por qué la luna de sus almas es una luna muerta? A buen entendedor pocas palabras. Bástenos leer frente a frente este poema y “Pedro de Acero”. Aquí no hay escapismo, ni cosa parecida. Poema de personajes antagónicos contra los cuales el poeta dicta sentencia. Preciso es retornar a Eguren para mirarlo de nuevo: arrojando a un lado la humareda de incienso que se le ha echado encima. ¿Quitarle el sahumero para que surja el hereje? No, simplemente leerlo fuera del contexto de poeta pueril con el que se lo ha disfrazado.

Veamos “Blasón”, breve poema de dieciséis versos: la desventura de una niña acosada por el más alto dignatario del linaje palaciego: “el Duque”, a quien el poeta califica “de los halcones”, señalándolo como un ave rapaz, lo cual se evidencia en el contexto del poema: “A niña que dulces amores sueña / la persigue el Duque de los halcones”. Eguren entra así al fondo del asunto, sin preámbulo ni rodeo algunos. Ella, un ser soñador, desvalido, una criada de palacio: condición que se advierte con “las fablas de la dueña”, mujer de clase inferior que guardaba de las demás criadas en las casas de los grandes señores; también con el “miriñaque”, nombre que se daba al zagalejo: falda corta y vueluda, generalmente de paño o bayeta, que usaban las mujeres de los pueblos encima de las enaguas. El, un ser poderoso, de elevadísima estirpe. “Y si no mienten las fablas de dueña, / se acercan doradas tribulaciones”. El paisaje donde se desenvuelve el argumento va integrándose a la historia como un personaje más, creando el clima conveniente para la culminación del abuso, del zarpazo: roja almena, canto del autillo, la urraca... La protagonista se encuentra en uno de los prismas de la fortaleza, rodeada de aves de rapiña. Allí, sola, con sus ojos azules como el agua, a los que el poeta llama “ojos zarcones”, derivación fonética que evidencia un estado de asombro, de terror, de sobresalto. “En la roja almena canta el autillo / y con miriñaquebeldad se asoma / y tiene encendido el dulce carrillo, / murmura y tiembla como la paloma”. El destino está definido: el perseguidor un halcón, la perseguida una temblorosa paloma. Luego no quedará ni siquiera la urraca. La niña terriblemente sola con sus miradas puestas en “la aspillera”, esa abertura larga y estrecha del muro por la cual disparaban los defensores. “La urraca se oculta. La niña mira / con sus ojos zarcones la aspillera /, ya con aliento de rosa suspira, / ya el cintillo descoge lastimera”. Se ha consumado el hecho: queda la víctima como una rosa lastimada o como una mujer ultrajada con el cintillo suelto. En la estrofa final, como una grotesca comparsa (esa comparsa carnavalesca que casi siempre está presente en los poemas de Eguren) aparece la corte: una corte de-

gradada, insulsa, repulsiva, quebrada: “Vienen la coja reina y los nobles; / raudo el Duque procura alejamiento; / pero las ayas de los fustes dobles, / la aurora predican del sufrimiento”. ¿Las ayas de los fustes dobles? En sus diversas acepciones, fuste también significa, en sentido figurado, nervio, temple. Sólo las ayas de fustes dobles anuncian la aurora del sufrimiento: el inicio del dolor por venir: “Blasón”, resulta así un título paradójico, irónico, en contrapunto con el sentido del poema. “Blasón”: el honor, la gloria, la alcurnia de los linajes. ¿Eguren tan sólo manifiesta un deleite estético en estos versos? ¿Y la conducta moral, el principio ético de quien construye, refiere o lee una historia así no cuenta para nada? ¿Un Duque que viola a una niña y huye como un cobarde abandonando a su víctima no nos dice nada? ¿Por qué una reina coja? ¿Acaso un eufemismo? ¿Acaso una candorosa venganza del poeta contra la crueldad, el abuso de un mundo degradado o de la degradación de un mundo o contra el poder abusivo y casi invencible que da rienda suelta a sus pasiones a costa del sufrimiento, del dolor del débil?. Para su tiempo, una fábula o una leyenda pero, para su tiempo y también para el nuestro, un mensaje que trasciende el contorno meramente poético. Un alegato a favor de la justicia social. Una protesta. Un reclamo. Un golpe contra el decadentismo de un mundo cortesano. Difícil entenderlo de otra manera.

La tendencia de la poesía egureneana asume cimeras claridad en el poema de nombre y tema semejantes al cuadro de Goya: “El Pelele”. Unas blandas y alegres muchachas se divierten mantearo a un muñeco de carnaval: “Las princesas rubias al triste pelele / festivas marean en cálida ronda”. Eguren, animizador nato, vislumbra en aquellas imágenes el



frívolo y despreocupado festín de unas linajudas jóvenes a costa del sufrimiento de un miserable. El muñeco cobra vida "y loco se duele", llegando en el colmo de su humillación a hacer bailar su corcova al compás de los cascabeles: "veloz acompasa la giba redonda / y los cascabeles, la turbia mirada, / la nez purpurada". La trillada escena del bufón carcajeándose por fuera, mientras se desgarraba de dolor por dentro. La ridícula tragedia del desvalido en manos del gran señor, en este caso. Las rubicundas señoritas, "Las gentiles (que) lucen divinos destellos, /... con risa ideal;". Pero que el poeta, tomando posición en el drama, las designa como "princesas del mal". El ensañamiento, la denigración contra el infortunado no tiene cuándo acabar. Incluso, al llegar las luces del crepúsculo, el pobre pelele que "baila temblando de horror" recibe un gesto nada digno para cualquier varón. "Cuando centellea la luz colorada, / le dan al pelele la zumba palmada". Todo entre el alboroto de la risa, de la música tierna, de los azulinos y purpúreos colores. Hoy, bien podríamos llamarlo una lograda escena fellinesca. Un mundo donde el contraste de los contrarios resulta lleno de excesivo pero eficaz recargo. "La música dulce, lilial de Dinorah, / el canto del cielo; Mireya que adora, / y el son matinal, / de los provenzales la dicha, la calma; / y el pobre pelele se muere del alma, / de escondido mal". La posición del poeta latigüea inflexible contra aquella situación. Incesante. Reiterativo. Interminable. Sin aparentemente decirlo, lo dice hasta la saciedad. El juez que exige y exige la reconstrucción del delito para que quede bien en claro, ante los ojos de todos, la culpa del culpable. "Las princesas rubias pasaron el día / cantando placeres con la tristecía / en la rondinela de la juventud; / y en el gorigori llevando sin duelo, / del pobre pelele caído en el suelo, / el triste ataúd" ¿En el gorigori llevando sin duelo? Gorigori: voz con la que el pueblo remeda el canto lúgubre de los entierros. ¿Y las princesas rubias? Tan igual como siempre, sin la menor pena: "llevando sin duelo" la muerte del que las hizo alegrar, "princesas del mal". Voz altísima la de Eguren. Posee el sonido vibrante de los mensajes estéticos que, sin pretender ser nada más que poesía, tampoco rehuyen la presencia del drama social, el compromiso real de quien se sabe, de uno u otro modo, un ser activo y, por consiguiente, responsable, protagonista del acontecer social, de la vida que lo rodea y de la cual el rodeado también forma parte. En cuanto al "Pelele", pintado por Goya y escrito por Eguren, bien valga la circunstancia para hacer notar que Eguren y Goya se parecen en el conjunto de su obra. Universo de formas y tonos donde la realidad se presenta en sus más antagónicos contrastes: desde la más luminosa y dulce claridad hasta los grises más siniestros y terribles; desde la ima-



gen tersa y candorosa hasta las formas más grotescas y repugnantes. Del sonrojado y rubicundo rostro de las princesas hasta el dantesco y tétrico mundo del aquelarre. Los rojos encarnados, purpúreos... Los verdes grises. El brillo. La oscuridad. La figura clara. La imagen incierta. El carnaval. Goya, aquel maestro de la pintura moderna, atormentado y tumultuoso: el de las vírgenes, los vagabundos, los toreros, las majas de la corte, las majas del pueblo, los niños, los bellos campos, los seres mitológicos, las figuras siniestras, el de la vida y la muerte. Pintor de ironía mordaz, de sátira contundente, de simbolismos profundos. Buen discípulo de Velázquez, Rembrandt, de la Naturaleza... Retratista y caricaturista terrible. Y Eguren, el del universo poblado de abigarradas y grotescas cortes, de pompas ostentosas, de destinos fatales, de multitud de símbolos, de alegorías. Eguren el de las princesas, los reyes, los castillos, los lacayos, los pobrediables, los varones y las mujeres del pueblo, y también el de la sátira, la ironía lapidaria, la insatisfacción permanente. Goya y Eguren son aliados naturales. Visiones panteístas y atormentadas. Deslumbramientos mágicos. Documentalistas y caricaturistas. Eguren antes de escribir pintó y luego siguió siendo pintor y poeta. Goya aspiraba lograr una pintura de impresiones, libre de imágenes; Eguren, una poesía de sensaciones. Los dos transitaron por el lenguaje sensorial. Ambos se deslizaron entre el más concentrado expresionismo y el más elocuente impresionismo. ¿En cuántos versos de Eguren encontramos a Goya, sin que el poeta manifieste la menor intención de ocultarlo? ¿Eguren bebió de la pintura más que de la poesía para escribir su obra? La respuesta es elocuente, Eguren pintor y poeta y poetapintor. Agresivo y demoledor caricaturista, hasta el ensañamiento, del mal social. Responsable y coherente. Tenaz y fiero. Fabulador de su realidad. Elude burlescamente el riesgo de ser descubierto como el victimario de sus víctimas, desfigurándolas hasta el misterio, disfrazándolas con la

mordacidad más refinada. Y no le fue mal en tal propósito: muchos cayeron en la coartada, llamándolo, entre otras cosas, recalcitrante soñador de historietas pueriles, fantásticas, poeta abstraído de su contorno social... La piedra rodada desató el alud y semejantes apreciaciones brillaron por mucho tiempo.

Lamarlo así a él, al que además de los poemas referidos, se atreviera, nombrándola "*Hesperia*", a la usanza de los antiguos romanos, decirle a España, la *Madre Patria*: "¡Lámparas de la abadía!.../. Cómo me siguen con murientes ojos,/ con las cruces azules / y pensamientos rojos". ¿España una tétrica abadía, unas lámparas o unos ojos fiscales: por fuera azul cielo y por dentro lo contrario? ¿España la peruana, la del criollo, la del color importado, la de Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos dejes caer en el mal: pero diciéndolo desde el trono de acacitados reyezuelos, es decir desde el mal mismo?" En la bóveda han llorado;/ la locura se pierde en el vacío..." Llanto y locura en proporciones infinitas. "¡Háblame Hesperia!/ oigo tu llanto frío". Para luego reiterar en los versos finales. "¡Oh amor ensueño!/ Oh, la pregunta muerta!" ¿Hesperia, es decir España, una muerta a quien se le pide que hable, un amor falso, de sueño, un interrogante absurdo, una esperanza yerta? "Las lámparas me miran/otra vez; en el templo hay una fosa / que los chispeantes ojos / señalan, tenebrosa". Los ojos fiscales agudizando, repitiendo sus miradas o advertencias amparándose en la parte más débil del humano: su temor a la muerte. Cómo no habrían de resentirse los Riva Agüero, los Clemente Palma, los García Calderón... Los señores tradicionalistas, los que premiaron al poeta de "*Hesperia*" con la cobarde censura del silencio. Eguren poeta insubordinado contra la bufonería cortesana, contra el conservadurismo academicista y remiso a la apaertura, contra lo establecido fuera de tiempo en su tiempo. Irreverente. Irrespetuoso de la seudohispanidad imperante como norma de la seudoburguesía que no se acostumbraba a la ausencia de su Madre Patria. Ojo alerta. Pero también, y esto no sólo por "*Hesperia*", irreverencia anticlerical, cauta blasfemia, disconformidad con la solemnidad aplastante del ritual litúrgico. Recordemos a su "*Diosa ambarina*": ¿Quiénes son "los vampiros blancos"? Expresión lapidaria con la que el poeta designa a aquellos grotescos personajes que "llegan viejos y zancos, en sus mamelucos". Y que luego "Por el templo de las marañas / bajan las longas pestañas / buscan la hornacina / de la diosa ambarina/ ... (y) ante la tarde diosa / a dormirar empiezan,/ y, en su idioma desconocido / le rezan". ¿Contra quién tan irrespetuoso trato? ¿Quiénes son estos personajes que se deslizan por los templos, que tienen que echar al olvido los sue-



ños de noches hermosas y que rezan en idioma desconocido? ¿Es acaso Eguren un anticlerical camuflado en su poesía? ¿Un subversivo contra la fe oficial? Lo cierto es que la candorosidad egureneana es una candorosidad muy especial, muy carnavalesca, muy insinuadora, muy hiriente.

Continuando el tránsito por la poesía egureneana resulta oportuno echarle una mirada a "*Duque*". En él, el poeta refiere el tema de una boda frustrada: la novia queda frente al altar, sufriendo el desplante del novio. El ambiente: una corte saturada del sofisticado colorido y las formalidades palaciegas. Los protagonistas: el duque Nuez y la bella. El poema se inicia como la función de una zarzuela: con el escenario servido tan luego se levante el telón: "hoy se casa el duque Nuez / viene el chantre, viene el juez / y con pendones escarlata / florida cabalgata". La opulencia teatral y oropeltesca, donde el chantre (esa dignidad religiosa que dirigía el coro en la iglesia), el juez, los nobles y adornados caballeros están listos para cumplir su papel. Luego, aquellos versos que evocan candorosamente el entusiasmo, el griterío de una barra alentando a sus partidarios: "a la una, a las dos, a las diez;/ que se casa el Duque Primor / con la hija de Clavo de Olor" ¿Un vocerío que a través de tan baratas expresiones refleja la baratura de su alma? ¿Un sarcástico prelude de la humillación que se avecina? "Y en la capilla está la bella./ Mas no ha venido el duque tras ella". Mientras tanto, lo ridículo llega a sus más elocuentes expresiones: "los magnates postradores,/ aduladores / al suelo el penacho inclinan corvados..." Calificativos evidentes de la forma despectiva, hiriente, caricaturescas e implacable con la cual Eguren mira y trata a ese mundo que, en el poema (y esto es una constante en la poesía egureneana) ha de resultar convertido en un abigarramiento de bufones burlados. Y dando marco al espectáculo: "...la turba melenuda,/ estornuda, estornuda, estornuda". ¿La muchedumbre del pueblo confusa y desordenada, deslumbrada, impasible, burlona, cínica? En este poema no

hay nada gratuito. Cada palabra, cada imagen va impregnando un color, un tono, un ritmo, una cadencia que aproximan el argumento al sorprendente e hilarante desenlace: “Y a los pórticos y a los espacios / mira la novia con ardor:.../ son sus ojos dos topacios / de brillor”. La novia trasluce en sus ardientes miradas el sobresalto, la impaciencia, el temor al desplante que se avrcina. La alegría de la fiesta se va desmoronando. “Y hacen fieros ademanes,/ nobles rojos como alacranes;/ concentrando sus resuellos.” Otra vez el latigazo, el calificativo injurioso, el saetazo, el aguijón egureneano contra “ellos”, los señores, los postradores, los poderosos, los como alacranes rojos. Hasta que “grita el más hercúleo de ellos” ¿Quién al gran Duque entretiene?...! ¡Ya el gran cortejo se irrita!... “Para luego dar el genial brochazo o lanzazo final contra los hazmereír de la comedia: “Pero el Duque no viene:.../ se lo ha comido Paquita”. Humor. Mordacidad. Ironía. Burla implacable. ¿Qué significa este cortejo donde el novio, el gran Duque, termina comido por Paquita? ¿Es Paquita una gata o una rata y el Duque un ratón o una galleta? ¿Literatura del absurdo? Para qué especular más. “*El Duque*” es un poema de versatílísima ironía, de lanza egureneana que arremete contra una sociedad de fan-toches que él desprecia y denigra. El recurso de la fábula, mediante el cual convierte a los personajes en animales, especies, cosas diversas de elocuente significado: una arma manejada magistralmente por Eguren; si no, recordemos no más algunos trazos de “*Las Bodas Vienesas*”, por ejemplo, para no extender demasiado el discurso: Casas de las bagate-las. Infantes oblongos delirando. Rubias gigantes. Cretinos ancianos. Primas beodas. La bárbara y dulce princesa de Viena. La novia coja. Enanos deshechos. Bruma de la pesadilla: visión grotesca, fantasmal, estúpida. Una voz de poeta que hace de la candorosidad una especie de alegoría, de me-táfora para expresar su energía, su violencia y de-moledora sentencia: y no precisamente sobre un mundo no existente, abstracto, inventado, sino sobre una sociedad existente, concreta, de carne y hueso. ¿Dónde pues el poeta sin compromiso con su contorno social? ¿Dónde pues el sonambu-lesco enanito musical? Sencillamente, el hombre prudente, tímido; el poeta sólido y verdadero.

La verdad que este trabajo no pretende ser un estudio que agote el tema: apenas una ventana abierta con el propósito de asomar por ella una inquietud. Eguren compartió sus momentos con creadores como González Prada, Chocano (por quien, incluso, firmó el petitorio para su coronación de Poeta Nacional), Valdelomar, Mariátegui, Zulen (el fundador de la Asociación Pro Indígena), Basadre, Falcón (quien acompañara a Mariátegui en su ida a Europa), Bustamante y Ballivián, Carrillo... Y eso es ya bastante decir. Bien vale la pena, pues, apro-

vechando el tiempo transcurrido, echar una mirada más. Resulta necesario escuchar algunas reflexiones que el propio Eguren escribiera en sus prosas, para conocer al poeta plenamente consciente de su oficio y no a un hacedor de versos por dictado de una hada Madrina: “La idea en la mente humana es un signo dinámico de un proceso anterior. La intuición revelatriz en conjunción con la presencia objetiva y la imagen pretérita, crea lo que denominamos idea. La génesis de la idea reclama la imaginativa de una línea de forma, un elemento atómico espiritual positivo y otro negativo, y un determinante...”. ¿Una clara y definida concepción dialéctica de la creación? La respuesta es obvia. El microcosmos de la producción egureneana tiene la palabra: un mundo anacrónico, agonizante, decadente, aleteando como una plaga del pasado; un presente absurdo y enloquecido: cortes de personajes grotescos y ridículamente poderosos. Pensamientos pálidos. Conductas reprochables. Del choque entre ambos mundos (del pasado y del presente pasadista) se produce la desintegración, el cataclismo, la simbiosis de la cual el poeta toma las formas que requiere. Eguren nos presenta por eso un abigarrado carnaval de comparsas, de muñecons; de colores, de ideas, de formas, de huellas, de misterios que no son otra cosa que su poesía; su juicio de poeta frente a lo que turba su conciencia. Da la sensación, al leer su poesía, que entramos a uno de esos húmedos y fétidos almacenes oscuros de los templos donde se guardan las imágenes envejecidas, destartaladas. Eguren nos habrá de decir: “Podríamos pensar que de las fuerzas elementales encontradas se realiza un modo orgánico espiritual, que se instrumenta de sonidos, pues no se pueden pensar sin la palabra mental... Se diría que la idea tiene vida propia, que puede crear, pues las sugerencias que produce son una especie de creación. Pero no parece evidente su preexistencia como causa universal, por ser ella creada y obedecer al determinismo de una acción tercera: la causalidad...



El ideal es el corazón de la idea". Tales afirmaciones ponen frente a nosotros a un hombre de gran lucidez y conocedor de sus propósitos. ¿Dónde pues el ingenuismo que se atribuye a su poesía? José María Eguren debió mofarse en silencio de aquellos que le atribuían cualidades angélicas y lo predicaban como un niño sorprendido, deslumbrado frente a todo, sin atinar sino a responder con figuritas de juguete de incontaminada imaginación. Eguren es un poeta trágico, de caminar meditativo y sentencioso. ¿Qué hondos sentimientos debió guardar en secreto, en palabras mudas! Su espíritu inconforme, burlón, disparando flechazos con acertada puntería. Y él apareció siempre des-

concertando al adversario, invisible a los ojos del contrincante: camuflado en su ironía poética. "El escepticismo, la inutilidad de las cosas; pensar, no pensar, todo es sufrir. Cada luz es nueva sombra, y un nuevo engaño cada amor. La vida es una hada negra que vuela en la noche. Siendo un alma fatal, lo sabio sería entretenerla, llevándola en avión de alegría o ilustrándola con máximas o viñetas ideales. Detrás una hilera de recuerdos mustios, delante un paisaje al parecer desconocido, en el fondo guarda el horizonte monótono". ¿La fórmula (es un decir) de su poesía? ¿La descripción de su propia obra? Difícil responder que no.



Jorge Díaz Herrera (Cajamarca, 1941), poeta y narrador, ha publicado *Orillas*, *Los duendes buenos*, *Tunas*, *Tiene miedo el oidor*, *Aguafiestas*, *Parque de leyendas* y *Alforja de ciego*. Cuenta con varios premios literarios en su haber.

CIUDAD DE LOS REYES

Juan Acevedo
Ed. Tarea
Lima, 1983
105 páginas

Este libro es una singular antología de 100 dibujos de Juan Acevedo, uno de los más importantes humoristas gráficos del país y Latinoamérica.

En cada uno de ellos se ve reflejada, con ironía y calidad gráfica, la realidad cotidiana de nuestra sociedad escindida en clases. La ideología y malas costumbres, algunas veces expresadas con violencia, de los grupos dominantes, es puesta en evidencia como contraparte de la serena pero combativa presencia del pueblo.

La mayoría de estos dibujos no sólo constituye una auténtica crítica social, sino también registra las luchas populares que acontecieron en un momento crucial de nuestra vida política (1969-1981). Este modo de atrapar la realidad en todas sus contradicciones sociales, sin apartarse del hecho político contingente, convierte a CIUDAD DE LOS REYES en un importante documento histórico (M.C.).



LAS CANCIONES DE RINONO Y PAPAGIL.

Luis Valle Goicochea.
Barranco, Ediciones Los Reyes Rojos,
1983

Cincuenta y un años después de la edición original, y treinta luego de la trágica muerte de su autor, se publica nuevamente los breves poemas de este título. Se trata de una reproducción casi facsimilar, y con el sello del colegio Los Reyes Rojos. Dibujos del niño Martín Estrems ilustran el texto.

Los poemas evocan el mundo de la infancia del poeta, allá en el pueblecito de La Soledad, con su paisaje de neblinas, eucaliptos, maizales. El padre, la madre, los hermanos son parte de ese mundo, como lo son también el tío Papagil, la Rarra —servidora de ancestral y un tanto misteriosa sapiencia—, el padrino. Y que integran también,

con similar cercanía, el pajarito Rinono, el perro Otelo. Mundo evocado en su calidez, en su recogimiento, en su ternura. Infancia recobrada, mágicamente, mediante una poesía sensitiva, ingenua por momentos, también dolorosa. Pues hay una tan honda y subyacente melancolía en sus versos, tal nostalgia.

Colegio singular el de Los Reyes Rojos, que alejándose del extremo individualismo de Summerhill, experiencia en que se inspira, halla en la creatividad compartida —los talleres, las ediciones— una fuente y estímulo inestimables para la solidaridad y la formación de una conciencia crítica (E.R.M.).



CUENTOS DEL CAMINO DEL BOSQUE

Alberto Benavides Ganoza
Eduardo Lores, Editor
Lima, 1983

En una primorosa edición, adornada con unas siluetas alemanas originalmente recortadas en papel, Alberto Benavides Ganoza acaba de editar su libro "Cuentos del camino del bosque". Dividido en cuatro secciones que se imbrican una con otra, Benavides ha recogido, con añadidos propios y retomando la mejor tradición del cuento infantil, "antiguas historias que hablan de elfos y enanitos". De acuerdo a esta tradición, el libro retoma la parábola de la constante pugna entre el bien y el mal, sin que ello signifique en ningún momento pretender entablar una actitud moralizante con el lector. Más bien reivindica la inocencia como planteamiento de vida; es así que los enanitos del cuento sólo se muestran "cuando ven que son niños que sólo quieren jugar", aunque "a veces juegan también con algunos grandazos (sólo si) tienen sus ojos como los niños".

En el planteamiento inicial de la primera sección hay mucho de nostalgia por la infancia perdida; no por nada el libro inicia la narración recordando las aventuras y desventuras de Blanca Nieves. Esto se sobrepone cuando al Yo que narra en el cuento se le aparecen los enanitos del bosque, signo ine-

quívoco de la presencia de la pureza en los ojos del autor. Pero lo que podría significar un distanciamiento frente a la personalidad adulta, no sucede. El autor pasa, continuando con la parábola sobre el bien y el mal y con los enanitos como personajes, a la estigmatización de dos preocupaciones "adultas": la ciudad, antítesis de la inocencia (simbolizado por el bosque de donde huyen los enanitos, ante la molesta vecindad de la urbe "porque con tanto ruido se habían asustado"), y la guerra ("hubo dos guerras en las que murieron muchos mentirosos, pero también muchos niños"), los mentirosos como causantes de las "dos guerras" —obviamente las dos conflagraciones mundiales— y los niños como los inocentes/la inocencia sacrificada vanamente. De esta última admonición Benavides desprende una inquietante advertencia contra la tercera guerra, de la que "prefiero no contarles", y que es el fantasma con que se atormentan las conciencias europeas en la actualidad. No hay que dejar de apuntar que el cuento se escribe durante una estancia del autor en Alemania, como se advierte en el inicio.

Lo mágico y maravilloso del libro es que estas dos estigmatizaciones se desenvuelven sin rupturas del discurso ni del lenguaje que es eminentemente infantil, sencillo y con las reiteraciones que se acostumbra dentro de este estilo. Lo novedoso es, pues, la inclusión de ambas preocupaciones dentro de un cuento para niños sin que ello resulte forzado o fuera de contexto.

Otro elemento importante es la adecuación temporal del libro y su narración, incluyendo a un "mounstruo" —una de las fantasías recientes del mundo infantil, acentuadas por la televisión— y policías dentro del argumento. Esto permite que la narración no decaiga, manteniendo el mismo interés que al principio.

En suma, "Cuentos del camino del bosque" es un bello esfuerzo dentro de un medio editorial donde las publicaciones para niños no son muy frecuentes. El logro de Alberto Benavides es haber abordado el libro con limpieza, con ternura y con imaginación. (E.S.H.).



APRENDER A LEER

Bruno Bettelheim
Karen Zelan

EDITORIAL CRITICA

Grupo Editorial Grijalbo
Barcelona, 1983
294 páginas.

Nacido en Viena, a principios de siglo, Bruno Bettelheim representa uno de los casos más singulares en la investigación, la práctica y la influencia psicoanalítica. Formado en la Escuela de Viena, un poco arrastrado por una moda, Bettelheim no alcanza su verdadero aprendizaje sino hasta el año que transcurre entre 1938 y 1939. Estos doce meses los vive en un doloroso y aleccionante espacio: los campos de concentración nazis de Dachau y Buchenwald.

Esta experiencia lo conduce a penetrar en la condición humana, a reflexionar —como una manera de no caer en la locura— sobre el abandono que puede realizar el Yo del mundo exterior. ¿Qué factores pueden hacer que el alma humana se desinterese de su entorno, de los otros hombres? Marcado por la guerra, el encierro y la tortura, Bettelheim viaja a los EEUU donde, establecido en Chicago, ingresa a laborar en la SONIA SAHNKAMN ORTHOGENIC SCHOOL en la Universidad de ese lugar. Allí encuentra seres cuyas características recuerdan las de sus compañeros de prisión: los niños autistas. Interesado en este ejemplar fenómeno, Bettelheim ha dedicado su vida a elucidar los factores externos que pueden determinar, en el niño autista un renacimiento del interés por el mundo. Influidor por la obra del pedagogo John Dewey, del que se declara discípulo, transforma la escuela en un espacio que despierta el goce por la comunicación, por el lenguaje, por la comunidad.

Estos últimos años, ya jubilado y gracias a la ayuda de la Fundación Spender, ha concentrado su labor en el estudio de la lectura como primer contacto del niño con el aprendizaje. La lectura, afirma, puede contribuir decisivamente en el impulso que puede llegar a tener un niño para aprender, para conocer el mundo e, incluso, para conocerse a sí mismo.

Condición fundamental para que este aprendizaje, para que esta técnica contribuya a reforzar el interés del niño por el mundo, por sí mismo, es el *significado* de aquello que se lee. Los textos deben agregar algo a la vida del que lee. La lectura sosa, inocua, de párrafos tediosos, insignificantes o angustiosos, puede traer con-

secuencias futuras graves para el niño. A estas conclusiones llega Bettelheim, junto con su colaboradora durante más de ocho años, Karen Zelan, tras observar niños autistas abandonando su repliegue e interesándose por hablar, por leer, por comunicarse. De allí el subtítulo de este importante libro: LA FASCINACION DEL NIÑO ANTE EL SIGNIFICADO.

Bruno Bettelheim es, hoy día, uno de los pensadores de la psique humana más difundidos y de mayor trascendencia en la vida contemporánea. Su obra, prolija, escrita con lenguaje sencillo y teniendo en cuenta al lector medio, ha sido traducida a varios idiomas y ha recibido un éxito popular asombroso (su libro *Con el amor no basta* fue editado por la colección Collier Book, de enorme tiraje). En castellano pueden encontrarse muchos de sus libros, entre los que, por su relación con el tema, debo mencionar: *Educación y vida moderna* y *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (en la misma colección de Grijalbo), *Con el amor no basta* (Editorial Nueva Tierra), *Diálogos con las madres de niños normales* (Seix-Barral), *El Corazón Bien Informado* (Fondo de Cultura Económica).

No dudo que la lectura de este libro, escrito con claridad, puede servir, como pocos textos, a padres y maestros en la difícil tarea que tienen hoy al educar. *Aprender a leer* me parece un libro imprescindible para todo aquél que tiene en sus manos la posibilidad de influir en la construcción del alma humana. (C.C.R.)



PARA CONOCER LA CONSTITUCION

Marcial Rubio
Mesa Redonda Editores S.R.L.
Lima, 1983
224 páginas

En Septiembre de este año los alumnos de primero de media del Colegio Los Reyes Rojos realizaron una encuesta por diversas zonas de Barranco y Chorrillos. Las preguntas eran: ¿Sabe usted qué es la Constitución? ¿Conoce usted qué derechos tiene? ¿Conoce qué deberes le exige? El resultado no pudo ser más alarmante: en los barrios marginales, los pueblos jóvenes, la ignorancia era total; en las zonas residenciales y comerciales de Barranco, cercanas al Colegio, el conocimiento era confuso, insuficiente.

Conocer la Constitución me parece la mejor manera de comenzar a cons-

truir, en nosotros, el sentimiento de pertenencia a una comunidad. Combatir la enajenación, el extrañamiento, mediante la explicitación de las reglas que quieren normar nuestra vida civil. El niño, y el adulto, pueden así cotejar realidad y deseo, el Perú real y la utopía.

Y el libro de Marcial Rubio resulta por eso una herramienta, un útil, imprescindible, como la tiza o el martillo. La Constitución, con su fraseo pesado, dromedario, aparece aquí simplificada, digerida, explicada. Sin caer en la manipulación o en la pretensión moralizante, PARA CONOCER LA CONSTITUCION, con sencillez, con claro espíritu humanista, presenta, paso a paso, todos los artículos, comentando su intención, sus dificultades, la realidad.

Tal vez si algo me parece superficial, innecesario, son las Actividades y los Cuestionarios con los que finaliza cada capítulo. Poco originales, sin audacia, se limitan a preguntar, a atear, a esquematizar. Pienso que orientan poco y que pueden fácilmente servir para la educación tradicional, memorista, obligatoria. Pienso, a despecho de esta pequeña debilidad, que Marcial Rubio ha realizado una tarea importante, a menudo subestimada por nuestros intelectuales, y que nos ha puesto al alcance un valioso instrumento para la liberación.

(C.C.R.)



CUENTO Y POESIA

Ediciones Los Reyes Rojos, 1983.

Dos antologías, una de cuentos y otra de poesía peruana preparadas cuidadosamente por Jorge Eslava, ambas bajo una perspectiva fundamental, básica: rescatar la literatura que interese a los niños, ofrecerles lectura interesante, tal vez, en última instancia, competir con la avalancha de publicidad y programas que adormilan y enajenan de esa pariente desleal y ya casi demoníaca: la televisión. Esto es cierto y es, además, digno de elogio. Pero en el caso de Los Reyes Rojos hay más aun, y ese más es todavía más importante si tomamos en cuenta otras dos publicaciones que tal vez no merezcan el interés de las gacetillas culturales, de las críticas dominicales que recogen y comentan revistas de poesía y cuento; sin embargo, estas dos publicaciones: Juegos florales Luis Valle Goicochea/poesía y Juegos florales Luis Valle Goicochea/cuento, son a mi juicio

muy importantes, muy valiosas; recogen los trabajos que para el área de cuento y poesía, presentaron los alumnos de Los Reyes Rojos cuando el colegio convocó a los niños de todos los grados para que participen en este evento. Ambos libros son reveladores; la cantidad de trabajos presentados es signo de una gran inquietud que habla, más allá de la consideración sobre la calidad de los textos —muchos de ellos son muy buenos en mi opinión— de una nueva manera de relación con la palabra y por tanto con el mundo. Leyendo los textos publicados el adulto presente, intuye, que en ellos hay un fondo común, un espíritu que respira libertad y confianza para ejercerla en la escritura, en la creación personal sin afán ni conciencia de hacer “arte”; hay un gusto, un placer en el ejercicio de la palabra que, en verdad, sorprende gratamente al lector, a nosotros, adultos, que sufrimos ante la página en blanco, que padecemos porque las palabras se nos escapan, porque no tenemos ideas, porque no sabemos qué decir o cómo decirlo.

Lo que la mayoría de cuentos y poemas revelan es que cuando las condiciones son propicias, cuando se confía en el mundo y entonces en sí mismo, los niños son capaces de usar el lenguaje, de emplearlo no sólo para la comunicación cotidiana sino también para jugar con él; son capaces de manejarlo para expresar su mundo, para nombrarlo sin temores, sin miedo, sin rubor.

El primer número de “Eguren” publicó un lúcido artículo de Constantino Carvallo en el que reflexionaba sobre el rol fundamental que cumple la lectura y escritura en el desarrollo del niño y cómo esta posibilidad de comunicación resulta anulada por los textos intrascendentes que los colegios ofrecen a los niños, por la mecanización de la escritura que queda reducida al aprendizaje de unas cuantas reglas de ortografía, a una habilidad manual y finalmente “a un instrumento útil para el examen, la evaluación y el copiado” y concluía señalando “muchos pedagogos como Freinet han intentado devolverle al alumno la palabra, hacer de la escuela el espacio del diálogo. Hacen falta materiales, reflexión, textos”. Es en este marco de inquietud y preocupación donde ubicamos el afán editorial del colegio y concretamente estas cuatro publicaciones a las que me he referido. No se trata sólo de publicar textos, de acumular material, de continuar formando lectores pasivos; se trata de abrir el diálogo, de motivar, de recoger respuestas. En última instancia, de darle un lugar a la palabra, de asociarla al

pensamiento, al mundo interior y personal para expresarlo.

Estas publicaciones ya han abierto el camino. Los niños cuentan ahora con textos de autores peruanos, con textos de una manera o de otra cercanos a su mundo, a sus inquietudes; tienen material interesante y a la mano para leer, para comentar, para criticar y no sólo eso: ellos han respondido, han hablado; ahora son también autores, y saben que el lenguaje, que la escritura, también les pertenece, que no es ese difícil y lejano instrumento del que son dueños esos seres *extraños*, casi de otro mundo, que se llaman escritores o poetas. (G.P.)

★

GUIA PRACTICA ILUSTRADA PARA LA VIDA EN EL CAMPO

John Seymour
Editorial Blume
Barcelona, 1979
256 págs.

Entendido el progreso como ponerse en manos de una compleja e impersonal organización que nos entrega todo lo que necesitamos, que aparentemente eleva nuestro nivel de vida con mejor alimentación, mayor salud y con una inmensa cantidad de conocimientos bajo el disfraz de educación, ciencia y tecnología, a cambio de la renuncia a conducir nuestra propia vida, este libro se presenta como alternativa para quien quiera recuperar para sí la responsabilidad de las acciones cotidianas.

El título original —THE COMPLETE BOOK OF SELF-SUFFICIENCY— da una idea más precisa de su contenido. Se trata de una guía para el autoabastecimiento. Desde la agricultura hasta la construcción, pasando por la utilización de la energía natural, la elaboración de vinos y conservas la panificación y la hilandería, Seymour muestra de manera muy sencilla y con mucho entusiasmo la mejor manera de hacer nuestras propias cosas y evitar así la dependencia enajenante.

Concebido para el que desea dejar la ciudad y establecerse en el campo, no deja de ser un instrumento muy útil para cualquier persona que, en la medida de sus habilidades y posibilidades, quiera encontrar satisfacción en el trabajo y la creatividad.

De acuerdo con E.F. Schumacher, impulsor de la “humanización de la tecnología” y autor del prólogo: ordenar la sociedad en función de la creatividad y felicidad de sus miembros es tarea nuestra; no puede ser he-

cha desde la cima del poder. Este libro es una buena manera de comenzar. (M.R.)

★

ANTOLOGIA GENERAL DE LA POESIA PERUANA INFANTIL

César Toro Montalvo
Lima, Palabras del Oráculo, 1983

Tenemos una valiosa literatura para niños. César Toro Montalvo acaba de demostrarlo con esta entrega: una ambiciosa y extensa selección de poemas perfectamente asequible a los niños. La confluencia de un talento sutil de creador y una preocupación infatigable por aproximarse a la vida infantil, hacen del antologador un legítimo representante del interés y gustos infantiles. Aunque Toro Montalvo declare en el prólogo sólo creer “en algo poder aliviar la noble tarea de maestros y padres por entregar el mundo reinante de nuestra poesía”, el ánimo y criterio de su trabajo supera ampliamente este propósito y lo convierte, además, en una luminosa experiencia. Clara y sencilla luz que atraviesa, y éste es el mérito mayor de la Antología, un dilatado espacio histórico (épocas y ambientes) que atrae la atención a nuestra llamada identidad nacional. Verdadera audacia la de ofrecer, en una línea desdeñada como es la literatura para niños, un vasto panorama que tamiza sagaz intención.

El libro, donde de veras deploramos la ausencia de ilustraciones, encierra diversos momentos históricos que cubren desde la tradición oral prehispánica hasta uno de nuestros últimos poetas importantes, Pedro Escribano. Las instancias señaladas por Toro Montalvo nos parecen correctas: Poesía Quechua, Cantares; Poesía de la Conquista y la Colonia, Coplas de la Conquista; Poesía de la Conquista y la Colonia, Anónimos Populares y Romanes; Poesía de la Emancipación; Poesía de la República, Período Costumbrista; Poesía de la República, período Romántico; Poesía de la República, período Modernista; Poesía Peruana Contemporánea, Siglo XX. Dentro de estos enormes anaqueles, que una selección no debe abotagar sino representar, la cifra de los poetas contenidos la creemos francamente excesiva, especialmente en el período correspondiente al presente siglo, donde obviamente la producción y difusión poéticas son mayores; consideramos sin embargo que fácilmente pudo pres-

cindirise de ciertos autores. De otro lado, nos alegra la inclusión significativa de los hermanos Peña Barrenechea, Francisco Izquierdo Ríos y Luis Valle Goicochea; es también un acierto la presencia de varias poetisas, crónicamente olvidadas en las antologías, como Cota Carvallo, Rosa Cerna o Carmen Luz Bejarano. Importantes los nombres de Abraham Arias, Matilde Indacochea y Jorge Ortíz, por su valor fundacional y difusor en esta vertiente de la literatura, y totalmente justificadas sus inclusiones. Consignar algunos cantares de la *Nueva Crónica y Buen Gobierno* de Guamán Poma es una buena muestra de esmero, como es índice de buen criterio ofrecer un fragmento de *La Casa de cartón* como lo que es: poesía.

En conjunto esta *Antología General de la Poesía Peruana Infantil* merece nuestro juicio más favorable, pero hay una espina en ella que cruza la garganta; un error garrafal (imperdonable mis queridos amigos Zúñiga y Toro) que hace aparecer un poema escrito por Enrique Peña, a manera de prólogo en *Las Canciones de Rinono y Papagil* de Luis Valle, como si fuera de éste último. Si el ejercicio de la literatura nos enseña eludir equivocaciones y a persistir en los hallazgos, creemos que este libro debe encontrar la forma de reeditarse superando los defectos que presenta y arriesgando un mayor tiraje. Los aciertos son tan suficientes que demuestran, copio el inicio, que tenemos una valiosa literatura para niños. A nosotros nos compete continuar, también como lectores, con esta labor. (J.E.C.)

★

**Jorge Eslava - Itaca -
Ediciones Petroperú
Agosto 83**

Con varios premios en su haber, Jorge Eslava ganó con este libro la Primera Biental de Poesía -Premio Copé 82. Libro tenso, bien escrito Eslava plantea con él una gran metafora del presente utilizando el pasado.

Con nombres de personajes, lugares y cosas tomados de la mitología y con un lenguaje y ritmos poéticos a veces arcaizantes, el poeta ha logrado los climas que se proponía. *Itaca* es el lugar del amor y del desamor, de la presencia y de la ausencia, del sexo que el tiempo ha herrumbrado.

En los 34 poemas de *Itaca* sentimos un desasosiego por lo perdido, pero un desasosiego que no se desborda, que

no hace explosión y esto podría ser el único reparo a Eslava. Sentimos que el poeta puso la flecha, tensó el arco al máximo y allí quedaron poeta, arco y flecha, quietos y tensos, sin resolución. Tal vez ésa haya sido la intención de Eslava y entonces el libro sí cumple su cometido.

Hay poemas de gran factura, dignos de cualquier antología. Creemos que Eslava irá decantando una poética interesante en el concierto de la poesía actual. Se ha apartado de aquella poesía absolutamente abierta y cotidiana que ha olvidado esa tensión siempre necesaria, ese nervio que Eslava tiene y, al parecer, le sobra. Un buen libro de poemas. (L.L.)

★

**HISTORIA DEL PERU
1º DE SECUNDARIA**

**Pablo Macera
Editorial Wirakupu
Lima, 1983**

Enseñar Historia del Perú tal vez sea la tarea más compleja que emprende un maestro cuando asume su rol de educador. No sólo debe luchar contra las ideas que permanecen en nuestro medio sobre el progreso, el desarrollo, la sociedad industrial, la Historia Universal, etc. Sucede además que no cuenta con los textos adecuados que puedan vincular al alumno con su realidad, a su presente con el pasado de la patria, del continente; a su modo de ser con las características físicas de su entorno.

La HISTORIA DEL PERU 1º de Secundaria, de Pablo Macera, tiene, a mi juicio, el gran mérito de realizar, en primer lugar, la integración del hombre a su espacio y a su tiempo. La historia del Perú es aquí historia de los hombres (no de huacos o tumbas), del modo cómo explicaban su mundo, del modo cómo el mundo influía sobre ellos. Aparecen así aspectos inéditos de la bibliografía escolar. ¿Qué diferencias existían entre el hombre y la mujer, como roles sociales, en tiempo de los Incas? ¿Qué hacían entonces un niño de 5 años, una joven de 18, un anciano de 80? ¿Y cómo se constituía la sociedad Mochica? ¿Cómo construían sus viviendas, qué grupos sociales la dividían? ¿Y de qué manera ordenaban los Incas su cielo, cuál era su Astronomía? El libro de Macera presta atención a este aspecto humano, inmediato, material, que tanto se vincula con el pensamiento recién operativo, con res-

bios sensoriales, del prepubescente.

Otros objetivos se cumplen también en esta obra. No cabe duda que es un resumen muy actualizado en el que se trasunta un enorme respeto por el mundo antiguo peruano, tratándolo sin la superficialidad de la simple enumeración o el anecdótico. Sin embargo, debo decirlo, no me parece muy didáctico. Pienso que el señor José Respaldiza, asesor de la Guía Evaluativa y del aspecto pedagógico, ha tenido poco cuidado en la adaptación que cualquier obra destinada a niños debe tener. El libro en su diagramación no es todo lo claro que debe ser un texto escolar; la Guía Evaluativa, especialmente pero no sólo, con su letra reducida, su presentación apretujada, como ahorrando papel, significa una dificultad, nada desdeñable cuando hablamos de niños. Creo, además, que Pablo Macera debe intentar simplificar su lenguaje, entrar en el universo mental, intelectual y físico de un niño de 11, 12 ó 13 años. Dar aire a las páginas, reducir la multitud de pequeñas ilustraciones, ampliarlas dedicándoles hojas especiales.

Las Guías Evaluativas son, sin ninguna duda, lo contrario de los textos. Las preguntas apuntan a la enumeración, a la memorización, a la verbalización, al examen, y al peor, a ese que llamamos "objetivo" y que tan bien corrigen las computadoras. El culto por los nombres no marcha paralelo con una obra que quiere profundizar, y lo hace, en nuestro pasado y en su relación con lo que hoy somos los peruanos.

Tengo el temor, y ojalá me equivoque, que el excesivo rigor, el celo por la actualización, por la seriedad, ha hecho que se olvide al destinatario y que, finalmente, resulte un material muy difícil de ser difundido a un nivel popular.

HISTORIA DEL PERU 1º de Secundaria me parece, sin embargo, un texto que con muy pocas mejoras, debe constituirse en el instrumento pedagógico para investigar y enseñar la Historia del Perú que muchos maestros estamos esperando. (C.C.R.)

★

AUTORES DE LAS RESEÑAS

Giovanna Pollarolo. Mariela Castillo. Enrique Sánchez. Luis La Hoz. Miguel Rubio. Edgardo Rivera Martínez. Constantino Carvallo. Jorge Eslava.

telba AMOR



DE
MIS AMORES

ENERO 1984



Antología Peruana Ultima: Cuento / jorge esclava
Antología Peruana Ultima: Poesía / jorge esclava
Las Canciones de Rinono y Papagil / luis valle goicochea
El Gato de Siete Oficios / jorge díaz herrera
Historia de Cifar y de Camilo / edgardo rivera martínez

Cuentos de Niños (9-12 años)
Cuentos de Niños (3 a 8 años)
Poesías de Niños (6 a 12 años)
El Cabezón No. 9 / revista del taller de periodismo
El Cabezón No. 10 /
El Topo (1 y 2) / revista para niños
Eguren No. 1
Eguren No. 2
6 Poemas / Christian chee
El Niño Silvestre / luni mini

Por publicar:
Al Oído de ese Niño / luis valle goicochea

LIBRERIA

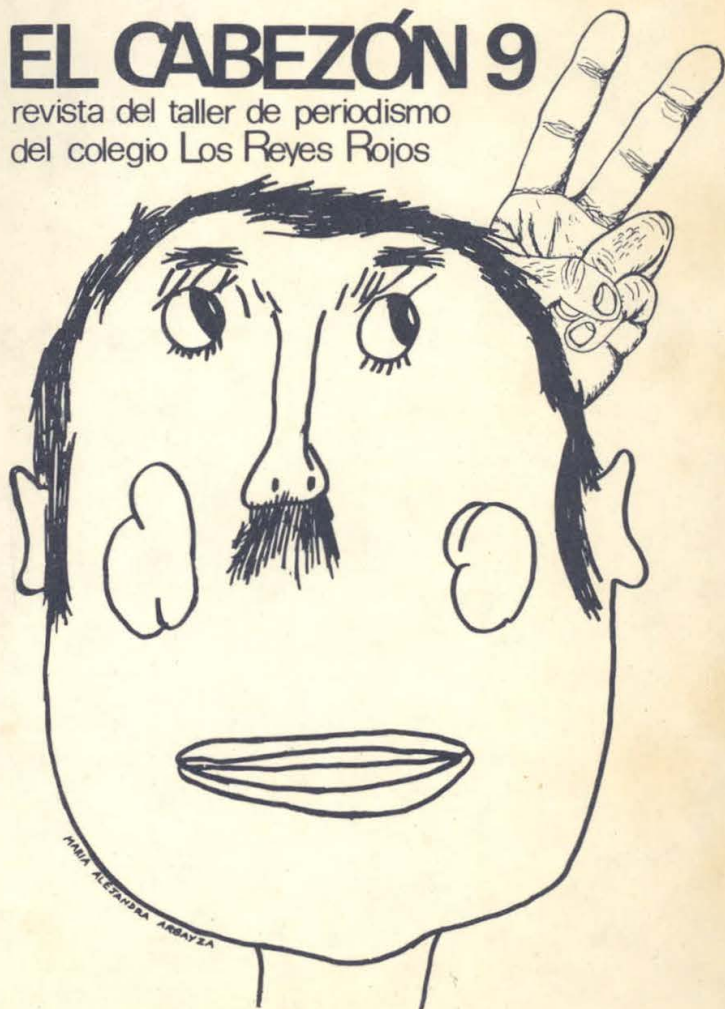
El Virrey

MIGUEL DASSO 141 -
SAN ISIDRO - Telf. 40-0607

LAS
ULTIMAS
NOVEDADES
NACIONALES
Y
EXTRANJERAS

EL CABEZÓN 9

revista del taller de periodismo
del colegio Los Reyes Rojos



UNMSM-CEDOC

